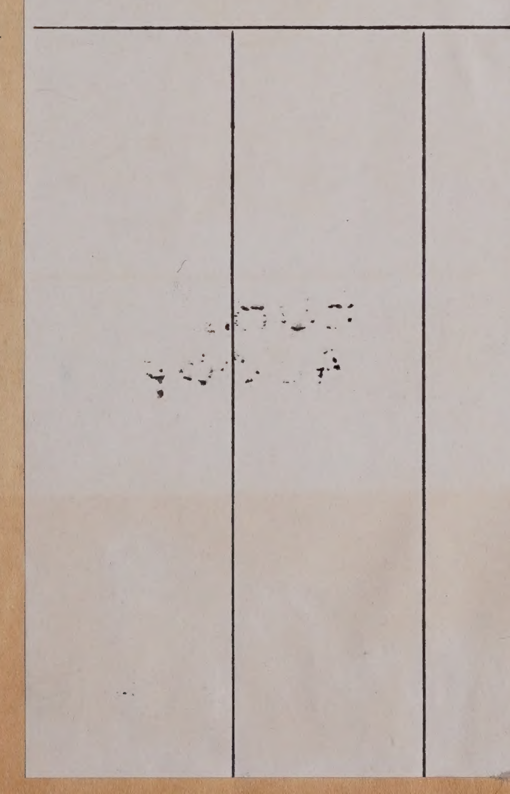
EN POS DE MARAVILLAS



AGENOR ALBORNOZ

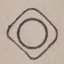


TUCUMAN
IMP. LA ARGENTINA - MUÑECAS 376
1923



AGENOR ALBORNOZ

EN POS DE MARAVILLAS

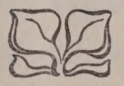


1923

EN POS DE MARAVILLAS

EN POS
DE MARAVILLAS

AGENOR ALBORNOZ



TUCUMAN

IMP. LA ARGENTINA - MUÑECAS 376

1923

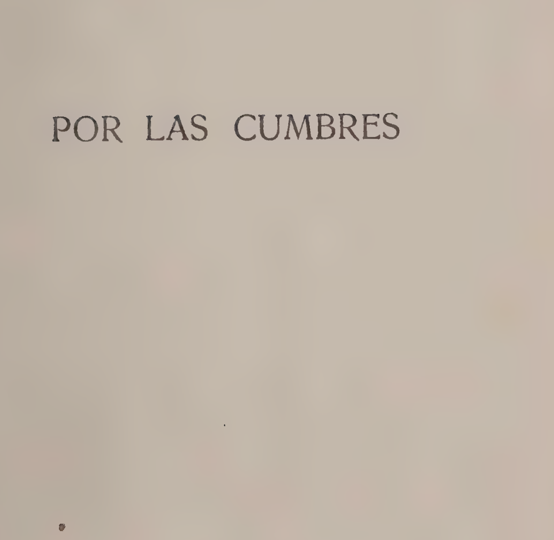
DISCULPA

Debo a un gentil amigo de la familia intelectual, que suele favorecerme con sus juicios amables, la determinación de publicar este volumen, que contiene producciones inéditas y otras que vieron la luz pública en diarios y revistas, y dedicarlo a los niños y a los jóvenes, para quienes la vida debe ser estímulo y encanto, que estas páginas contienen a manos llenas, porque son hijas de un optimismo jovial y sano, extraño a las influencias del pesimismo que corroe las entrañas del vencido.

Que mi deseo de complacer y de ser útil, disculpe mi intrepidez de autor.

A. A.

POR LAS CUMBRES



EL CÓNDOR

Es una mañana glacial, de esas que insensibilizan los miembros y amenazan congelar la sangre. Las haciendas desparramadas por las cuestas se mueven apenas de un lado para otro, semejante a un grande ejército después de hacer alto y quedar a discreción. Los guanacos al abandonar los rodeos y sentir el rumor de alguna disparada de potros salvajes que ganan las cumbres, veloces, dejan oír sus agudos relinchos, que son toques de atención para las manadas que remolinean de acá para allá, asustadizas. Las chinchillas que han pasado una noche polar en el seno de las rocas agrestes, salen de su cárcel de entumecimiento y se desparraman sobre los bloques de granito, aguardando el sol que ya asoma por encima de los morros, bañando de luz cumbres y quebradas. Y allá, sobre una mole que simula la silueta de un gran gigante petrificado en su ebriedad de dominio y de gloria, el cóndor, aguarda también, con la tranquilidad y paciencia de un patriarca, la salida del sol.

Y es un portento observar, como poco a poco el rumor aumenta y los cerros se estremecen en una gran palpitación de vida.

Los toros braman autoritarios en los rodeos, hociquean el suelo, cavan la tierra con las manos en actitud hostil; las vacas pacen tranquilas las aromosas yerbas, y los becerritos suben y bajan las cuestas retozando alegremente.

Mientras tanto, observad la actitud de aquel centinela que posado sobre la gran roca, continúa tranquilo cual viejo filósofo.

El sol ha bañado de luz sus pupilas escrutadoras; sus miembros entumecidos se aflojan poco a poco. Una pata primero, otra después, así por turno se sostiene el pesado cuerpo. Las grandes alas, seguro impermeable en las garúas, que como un manto funerario cubren el cuerpo, se abren al sol, vigorosas, cual hélice de poderosa nave.

El cuello, resorte comprimido entre el plumaje, con la cabeza visible apenas, se estira, y las pupilas, ansiosas de espacio y de luz, giran investigadoras por la inmensidad.

Ya va a alzar el vuelo. Observadlo.

Se sacude primero, estira los miembros, después, bate las alas como para ensayar el gran vuelo, clava las garras en la dura roca,

hace un formidable impulso como el nadador al cortar las aguas, y se alza, dejando solitario su alcázar de granito.

En giros tardos y pesados, primero, vivaces después, gana las alturas y domina la inmensidad, donde no tarda en perderse, bañado por lampos de luz.

Después, apenas si el observador puede darse cuenta que aquel señor de las alturas gira aún, por la débil proyección de sombras que se mueven y que cruzan instantáneas, cual espectros de seres invisibles.

Más tarde, cuando uno lo ha creído ya muy lejos, muy distante, navegando por los espacios siempre, se lo siente descender violentamente e ir derecho a la presa y devorarla.

Y al declinar el día y mientras el sol va lenta y pausadamente descansando su corona luminosa en un horizonte de brumas, desde donde ha de despedirse de la vida en medio de gestos heróicos de cíclope vencido, el filósofo de la roca, el centinela irreemplazable de los espacios, el cóndor, describe de nuevo por los aires giros fantásticos, y en connubio amoroso con las nubes despide al rey de la vida, y desciende al seno de las rocas, a escuchar la eterna protesta del torrente.

LAS CHINCHILLAS

Está probado que los Reyes Incas que representaron civilización y cultura en Sud América, lucieron en sus prendas de vestir, sedosas pieles de chinchillas.

Los españoles de la conquista, abrieron a los mercados europeos, un valioso comercio de estas pieles.

A estar a las estadísticas de aquellos tiempos, no menos de trescientas mil, en bien conservados fardos, trasponían todos los años, el Atlántico, para ir a competir con las ya famosas de Siberia y del Canadá, que tanto excitaban el refinado gusto de las sibaritas de la moda.

Compréndese fácilmente, la persecución que debieron haber soportado, estos modestos roedores, contemporáneos del kanguro, conque se inició la progenie de los mamíferos, que habían de velar mas tarde la cuna del hombre.

Y de los valles andinos, vigorosamente vegetados, donde hoy prospera la vid, debió haberse operado el retroceso hacia las cum-

bres, por etapas, como ejército vencido que busca refugio en sus últimos trincheras; en nuestro caso, las nieves eternas, morada del águila y del cóndor.

Y allí, en aquellas alturas inmensas, viven hoy en las rocas, en madrigueras, medrosas de tanta persecución.

Enemigas de la luz y del calor, solo en horas matutinas y vespertinas se exhiben.

La presencia del visitante las alarma, y creyéndose perseguidas, ganan nerviosas las cuevas.

Tranquilizadas del peligro, ejercitan con maestría, juegos de acrobacia, subiendo y bajando los graníticos andamiajes, de las rocas abruptas.

Las hay muy monas: *sirven* humildemente como perritos falderos, reclamando la bendición del amo.

Ninguna maestría reclama su cacería.

Cualquier niño que sepa apuntar, haría blanco sobre ellas, con seguridad.

Por eso su persecución es antipática.

Además del hombre, las águilas, que se alimentan de ellas, las persiguen también, sin piedad.

El modo de atraparlas, es novedoso. Vale la pena contarlo.

Cuando abandonan las madrigueras en busca de alimento, desparramándose en todas direcciones, las águilas, desde alturas enormes volando en rueda, las asechan.

Cuando las tienen en campo abierto y libre de obstáculos, en vuelo vertiginoso y combo se descuelgan como a estrellarse contra las rocas y matarse en suicidio bárbaro; las levantan en las garras en embestida ágil, y cuando las tienen a considerable altura, desde allí las precipitan para reventarlas del porrazo.

De este modo allanan la resistencia de la víctima y facilitan la comodidad del festín.

Luego cruzan las quebradas, en vuelo tendido, serenamente, como arrollando el rosario para el misal.

Y así van desapareciendo por la acción del hombre y por el predominio del más fuerte, un sinnúmero de especies, sin que haya una ley protectora que evite su destrucción.

Y mañana, cuando se pretenda llevar a cabo, el pensamiento que hoy destina reservas forestales, para lugares de recreo y de turismo, se echará de menos los preciosos ejemplares de especies extinguidas, que habrían agregado a la naturaleza espléndida, el rumor, la vida y el movimiento, que fueron siempre su precioso complemento.

EL GUANACO

Poco avenido a los rumores de la civilización, pronto no más ganó las cumbres. Pero ni aún allí se siente cómodo, porque su eterno perseguidor, el hombre, es insaciable en su voracidad y en sus instintos fieros de exterminio.

Acobardado y hecho medroso a fuerza de sorpresas, su andar es siempre nervioso y su actitud la del soldado que acecha.

Un leve rumor, un eco lejano le predisponen a precaver posibles peligros, sin que lo consiga siempre, porque el hombre cuenta en su haber con el tesoro inagotable de su intelecto, con que subalterniza los instintos de conservación de sus inferiores.

Y una sorpresa equivale a una gran carnicería, a una confusión y desbande en las manadas.

El cazador que ha conseguido burlar la vigilancia de los que en las tropillas hacen de centinelas, parapetado cómodamente detrás de las rocas, hace fuego al montón, que al sentir el eco formidable de la detonación que en las alturas aterra, remolinea en confusión

y no abandona el sitio sino cuando algunas víctimas han caído, y el fogonazo o alguna exclamación nerviosa del cazador, indica el punto de partida de las balas.

Y es entonces emocionante, verlos correr a la desbandada, por quebradas ásperas, por cuestas empinadas, perseguidos siempre por el cazador que no deja de producir bajas mientras los tiene al alcance de su arma de precisión.

Y los relinchos agudos, nerviosos, estentóreos, resuenan de cumbre en cumbre, cual clarinadas de alarma de ejército en dispersión.

Y así en esta actitud van ganando poco a poco las alturas y dominando las cumbres, donde al sentirse libres de toda persecución, se reunen como a deliberar sobre su suerte.

Y es un hermoso espectáculo, verlos allá en la cima fragosa de los cerros; región inhospitalaria y ruda de las nieves, volver caras al peligro, y lanzar a los vientos, desde allí, agudos relinchos, que las ondas propagan por la extensión callada, semejante a notas tristes de almas dantescas en eterna pena.

El espíritu humano se recoge dentro de sí mismo y piensa y medita en las rudas luchas que las especies sostienen para conservarse y prevalecer.

MAR DE NUBES

Hemos acordado madrugar para estar al amanecer en las cumbres.

El pretexto de mis compañeros es cazar guanacos. El mío, no lo oculto, es de recibir impresiones en las alturas, en las alturas de los cerros, ya que en otra clase de altura, no he aspirado jamás.

El más listo de los capataces de la estancia nos guía, por voluntad de su patrón, que quiere ser muy amable con nosotros...

Desde el fondo de mi alma se lo agradezco, aunque el buen hombre ya no exista.

En el cóncavo cielo, parpadean soñolientas las estrellas.

La luna, refulgente aún como un disco de oro, pone a descubierto la silueta de los cerros. Las peonadas mueven las lecheras hacia los corrales, donde los becerros lloran la desventura del encierro. No todo había de ser goce en la vida. Hasta ellos, los pobres, lloran.

Nuestro capataz, que es hijo de la región, endurecido por la acción del medio, canturrea

aires criollos, mientras remonta una cuchilla, que nos enfrenta a las cumbres, desde donde nos llegan frías rachas que deprimen.

De uno y otro lado de las quebradas, se descuelgan presurosas las cascadas.

En el horizonte lejano, se cubren de arrebol las nubes.

La naturaleza dormida, se despierta a la vida. Las vacadas se desparraman por las laderas, mujidoras y retozonas. Las aves de rapiña se desperezan en los aires, en vuelos fúlgidos.

La claridad del día permite salvar las ascensiones peligrosas, por sendas apenas perceptibles.

Los caballos de cerro tienen mejor tacto que los políticos europeos para salvar peligros. Y confiados en ellos, avanzamos, mirando las alturas, donde mora el cóndor.

A tres mil metros de altura, ya no tienen ropaje los cerros. Algunos espinillos y cardos sueltos, son los ejemplares de la flora muerta.

En las plataformas de las últimas culminaciones, solo la «yareta», con apariencias de repollo enorme, pegada a la tierra, luce su frescor de esmeralda.

Sin embargo, entre esos cerros descarnados por erosiones milenarias, se han sedimen-

tado valles de verdes gramíneas, que alimentan manadas de guanacos. Las flores crecen en verano allí; pegadas a las champas, vistosas y galanas, como no he visto en jardín alguno.

Mis compañeros se distribuyen en distintas direcciones, para tenderles celadas a los guanacos, en estas sus últimas guaridas de perseguidos de la civilización.

Yo en cambio, me entretengo coleccionando flores, sin ningún destino, siguiendo con la vista, a veces, al cóndor, en sus vuelos soberanos, alejándose cada vez más de los abismos que han de ser su tumba.

De repente un trueno ensordecedor hace crepitar las rocas. Es una tormenta abajo, me dice el capataz. No llegará hasta nosotros; no tema Vd.

Y un mar de nubes ha ocultado la planta baja de los cerros y ha nivelado los abismos.

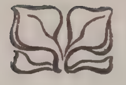
Los truenos se repiten sin cesar, con estampidos de cañones de fortaleza; los relámpagos, como saetas de fuego, hieren el corazón de las nubes. Aquello parece un infierno dantesco, hecho para llenar de pavor las almas.

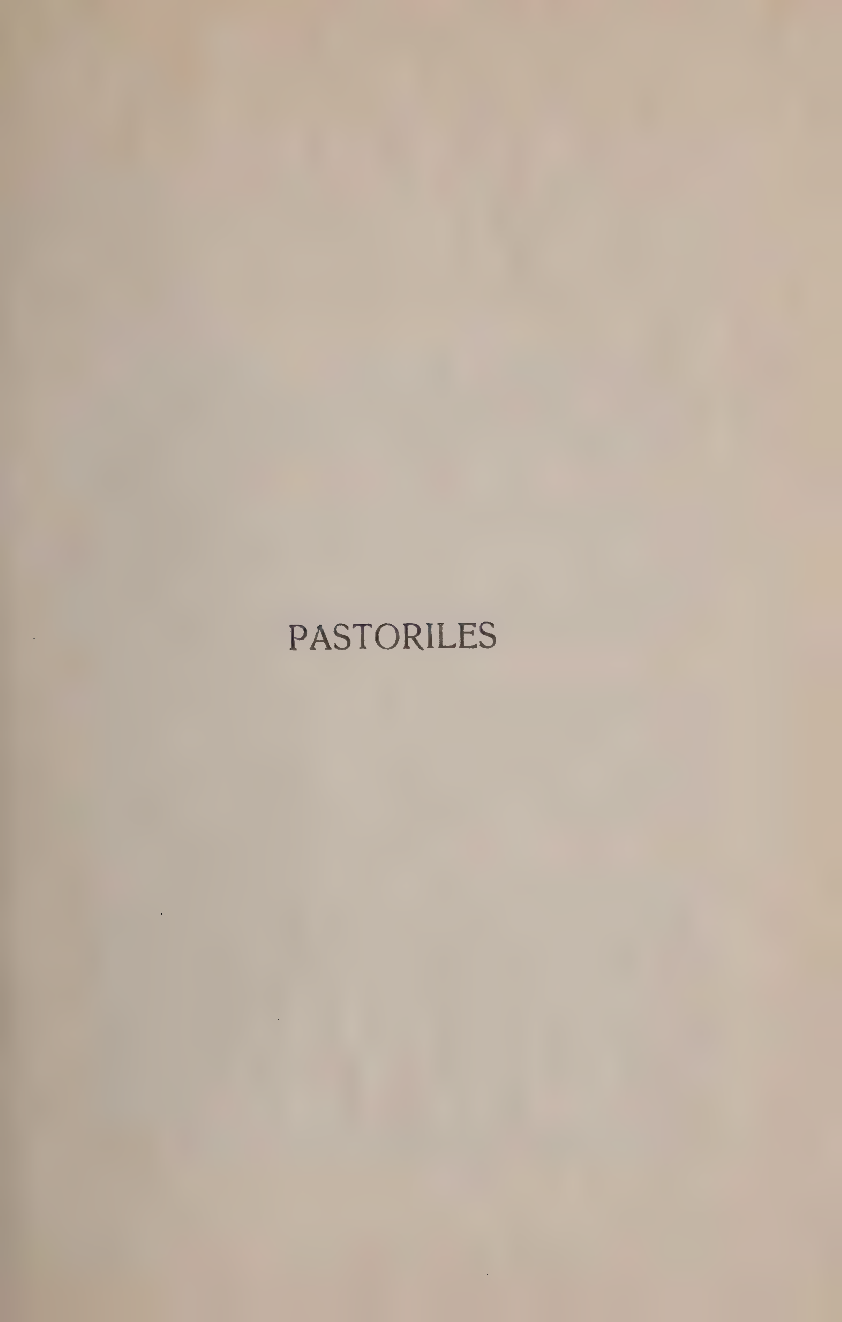
Los cazadores que no han reparado en este espectáculo conmovedor, persiguen afa-

nosos a los guanacos, que se refugian en las crestas más altas, bañadas de sol.

Arriba, en la soledad de los espacios, el cóndor continúa ejercitando sus vuelos señoriales.

Allá, abajo, en el horizonte que se despeja, un arco-iris, clava sus soportes vaporosos en la tenuidad de la atmósfera.





PASTORILES

LA CORRIDA

Cualquiera creería que se trata del punto de reunión de un escuadrón de caballería gaucha, pronto a entrar en operaciones bélicas.

Desde el día anterior van llegando los paisanos hasta de las estancias vecinas, con sus alforjas, sus ponchos por partida doble, sus lazos, y una jauría de perros tirando a espectros.

Llegan, dejan en el palenque sus caballos, pasan a la sala, saludan al patrón, conversan con él un rato, y se reunen luego en la cocina al rededor del fogón, donde charlan y bromean alegremente.

Al siguiente día, oscuro aún, se despierta uno con la algazara de los mocetones, que por diversión, hacen corcovear los potros; o bien con la resistencia que opone el toro de cuartos fornidos, forcejeando en vano por desprenderse de los lazos que estirados en distintas direcciones por caballos de fuerzas formidables, someten al animal a crueles torturas. Pero la resistencia que opone es cues-

tión de segundos. Pronto no más cae vencido por fuerzas superiores, con la boca espumajeante y el hocico ensangrentado, en medio de los perros que se abalanzan sobre él como para devorarlo vivo.

El matarife, listo y sereno cual verdugo, pone en desparramo los perros a cintarazos, limpia la tierra del pescuezo del animal con el lomo del cuchillo, le hace luego un corte en el cuero a la altura del antepecho, y le hunde el acero, mientras la bestia se retuerce y muge desesperadamente.

Es también operación rápida ésta. La sangre se escapa a chorros por la herida abierta, y la vida preciosa del animal, se extingue en medio de convulsiones epilépticas.

El cuero desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Los cuartos vuelan divididos por filosos cuchillos manejados por manos hábiles.

Después de esta operación, el capataz llama a todos, les da su ración de carne y las instrucciones necesarias para la corrida.

Ninguno protesta aunque le toque el peor punto para sus operaciones. Es una cobardía entre ellos tenerle miedo a la puna, a la niebla o al aguacero de las cumbres. Y así los veréis salir alegres, risueños, decido-

res, ganar las cuchillas de los cerros, dominar los morros y perderse entre las brumas.

Pasan la noche fría de las alturas metidos en cuevas o al amparo de grandes peñascales.

Una noche de lluvia en las alturas es noche de martirio. Nadie duerme. No es posible dormir. El agua cala los huesos. Y así acurrucados sobre sus monturas, envueltos en gruesos ponchos, pasan la noche y aguardan el día para iniciar la corrida. Y es entonces de verlos disparar por cuestas ásperas, por filos peligrosos, como si fuera en el llano.

El rumor de la corrida se hace luego general en todos los cerros; y la hacienda asustada, alarmada, con tanto grito, con tanta algazara, se descuelga en tropel por los filos, por los morros.

Los toros, muchos de los cuales jamás entraron a un rodeo, sin marca y sin señal, algunos, matreros siempre, rebeldes, ganan los recodos de los cerros, las hondonadas de las quebradas más fragosas, y allí se quedan muy tranquilos, muy ufanos, mientras el ganado pasa mugidor, bullicioso, perseguido siempre por los perros, infatigables y tenaces.

Parece a simple vista una operación in-

terminable. Se desciende trabajosamente de un cerro por filos sinuosos y ásperos; se penetra a una honda e interminable quebrada llena de sorpresas para el espíritu; se escala de nuevo morros soberbios, se penetra mil veces en gargantas que fascinan, que horrorizan, a donde los torrentes llegan desde alturas inimaginables, atropellándose, estrellándose contra las rocas como enloquecidos.

Y los gritos de los corredores y los ladridos de los perros y los mugidos de las vacas, se quiebran allí en mil notas confusas que mueren dominadas por el estrépito de los torrentes y el interminable rumor de las fuentes.

Y en esta forma se marcha medio día: ascendiendo, descendiendo, como el progreso social, según que fuerzas concurrentes dirijan sus pasos hacia las cumbres del verdadero ideal; o diferencias y contradicciones lo hagan descender al llano, desde donde practicará nuevas ascenciones, porque los tramos del progreso se forman también así, de ascensos y descensos.

EL RODEO

Todo es bullicio por doquier. Se han disipado las brumas y los cerros se despejan bañados de purísima luz.

De la tierra empapada y húmeda por las frecuentes lluvias, brota el agua y salpica el barro con las pisadas de los caballos.

Por toda la extensión del valle se siente la disparada de los yeguarizos, que son en las corridas como las avanzadas de los ejércitos, los primeros en presentarse, inquietos, retozones, levantíscos.

Las vacas del rodeo casero se ponen en movimiento inusitado. Los toros entran y salen nerviosos de las tropillas, bramando de contínuo y mugiendo de tarde en tarde, como desafiando enemigos invisibles, que bajaran en tropel a disputarles sus sultanías.

Por los sinuosos y ásperos filos de los cerros van descendiendo las tropillas pesada y tardíamente, precipitándose luego en confusión al valle, en tenaz persecución de los perros, animados sin cesar por sus amos con gritos resonantes, que semejan algazaras de

un malón victorioso, de vuelta a sus aduares.

Y las vacadas descienden por las laderas y aumentan el rodeo, mientras el círculo se estrecha con el movimiento envolvente de los corredores que al galope tendido de sus caballos, fijan rumbo al ganado, que en columnas apretadas marcha en pos de los guías en dirección al corral, donde al siguiente día se practicará la hierra, en medio del jolgorio de los mocetones, diestros para echar por tierra de un pial, al ternero más fogoso.

Y mientras el ganado avanza, mugiendo incesantemente, dócil a los manejos del hombre, los toros, indómitos y salvajes, se cortan del rodeo y ganan las laderas rumbo a las cumbres, librando en retirada, batallas con los perros.

Una persecución tenaz se empeña entonces. El toro campea por su libertad y el hombre por su amor propio.

La libertad, propia de los fuertes, llámense toros u hombres, tiene sus contiendas con el amor propio de los que, generalmente, carecen de ella. Por eso, así como los espíritus de esta naturaleza caen por sus rebeldías en las garras de los galgos de la sociedad, los toros, que en las cumbres son símbolos de suprema independencia, caen por ahí no más,

jadeantes, vencidos ellos también, para pagar bien cara su osadía al ser entregados, bien estirados a los perros.

Y así golpeados, estropeados, sangrando de las orejas, de los ijares, vuelven aturdidos al montón, donde los estrujan, los humillan, hasta los novillos.

En la sociedad también, cuando un espíritu fuerte se rebela contra las imposiciones de las medianías y cae vencido, hasta los imbéciles se ensañan con él.

LA HIERRA

El estado del tiempo en las cumbres es tan variable, como las opiniones políticas de nuestros personajes de aldea.

Pedir dos dias buenos en las cumbres, es pedir peras al olmo.

A veces en el intervalo que hace una hora, espesas nieblas cierran por doquier el horizonte, finas garúas humedecen la tierra, violentos granizos llegan y pasan cual furias malditas; sensibles corrientes aéreas espantan las nubes poniendo en descubierto la rugosa cara de los cerros, circuídos de límpidas corrientes, de caprichosos saltos de agua, de vertientes mil, de prados que son vergeles, de malezales inmensos donde se pierde el ganado.

Por eso la hierra en los cerros no es operación sencilla. Y el rodeo bajado de las cumbres, permanece hasta dos y mas dias en el corral, entumecido y hambriento, moviéndose de acá para allá como enloquecido, sufriendo los débiles las torturas de los fuertes, a semejanza de lo que pasa en la sociedad, donde los poderosos levantan altares a su omnipo-

tencia debido a la imbecilidad humana, imbecilidad que costó a Rusia siglos de esclavitud, lágrimas enternecedoras de madres atribuladas, sangre abundante de aisladas tentativas.

Pero dejémolos en paz a estos poderosos de la tierra que incidentalmente han caído bajo los puntos de la pluma; volvamos a los cerros donde en espléndido dia de sol, se va a practicar la hierra, en medio de incidentes que emocionan, despertando al par admiración.

No en balde Roma pasa a la historia con su lidiar salvaje, España con su tauromaquía popular, Esparta con su destreza ennoblecida en la guerra y en la paz.

En todo tiempo la destreza ha sido objeto de admiración y hasta de culto.

Y cómo no! Mirad a aquel mocetón de cobriza tez, de miembros endurecidos y fuertes, cabalgando en potro chúcaro aún, abrirse calle por entre el ganado que se mueve y se agita cual ola soberbia cruzada por contrarios vientos, ir derecho con el lazo listo, atropellar al montón, separar un orejano, y en carrera veloz, echarle encima el caballo y ceñirle el lazo, luego, en lo delgado del pescuezo, en cualquier parte, es lo de menos, y conducirlo a la rastra sin importarle que el animal en su fogosidad bufe y se caiga, en medio de

bruscos cabeceos y corcovos, con la lengua afuera y la boca espumajeante.

A uno y otro lado de la puerta de salida, una compañía de muchachones, y entre estos algunos viejos, en su tiempo muy mentados, esperan que el ginete salga con la presa a la rastra para ejercitar sus tiros predilectos. Le piden por amor al arte que afloje el lazo, que el animal respire, que recobre fuerzas. Y animándolo luego a latigazos, el ternero rehecho encrespado y bufando, hace una violenta salida siguiendo el curso del lazo que lo aprisiona; pero por ahí no más cae de pronto como herido por el rayo, castigando el suelo con el costado, en medio de estruendosas carcajadas y de bravos al diestro pialador.

Y no bien ha caído estirado, con el maneador le amarran las patas, y en un segundo, el libérrimo de las cumbres queda a sufrir las torturas de Procusto.

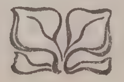
Y cuando de igual manera diez o quince han sido amarrados viene la hierra, que es la parte menos grata del cuadro. Se lo sujeta de la cabeza. El herrador que listo ha corrido del fogón a la víctima, le aprieta el hierro en cuero vivo. Una nube de humo se levanta y un olor sui géneris por el ambiente se dilata. Mugidos desesperados, nerviosos cabeceos, son

inútiles. El hierro encendido se le aprieta una vez mas; se le pasa la mano luego para ver si ha sido bien quemado y recién se lo desata.

Al sentirse con sus miembros libres, patalea desordenadamente, se endereza y embravecido por los golpes y por el calor de la marca, carga furioso con el primero que encuentra. La disparada es entonces general. Unos se salvan poniendo a escape los caballos que montan, otros se trepan a los palenques; hay quienes se tiran al suelo a recibir resignados, hocicazos y pisotones.

Y así en precipitada carrera van los que han sido herrados, ganando las quebradas, los recodos de los cerros, de donde salen cuando la hacienda, una vez terminada la hierra, vuelve a las cumbres en rumorosa confusión, como empujada por vientos de libertad.

La estancia entonces tórnase silenciosa. Y un grupo de paisanos cuando más, comenta al rededor del fogón las hazañas del día, mientras el jugoso churrasco se cuece a fuego lento y la noche se enseñorea en su reinado de sombras.





EN RETIRADA

ANITA

Tuvo por cuna las cumbres. Hija de una raza fuerte, independiente y libre, no sospechó que los vientos de la civilización podían volcar el progreso por llanos y por cumbres y llevar hasta la gran familia, la tribu, la inquietud y la zozobra.

Pero el progreso humano semejante a la ola que cubre la playa, que hace desaparecer riscos y montículos, que no se detiene y avanza siempre nivelando las eminencias todas, penetró como los rayos del sol de aquella región, suavemente, como temerosa de la supuesta resistencia del medio, sometido por la topografía y el ambiente, a leyes esencialmente propias.

Y la tribu legendaria que por tantos años viviera allí, alimentándose con la caza del venado y del guanaco, sintió su seno agitarse de conmoción extraña, al comprender que vientos amenazadores de lucha, soplaban por cuestas y quebradas.

Y el calchaquí se dispersó medroso, cediendo el campo al adversario.

Y las quebradas y las lomas y las cañadas pobláronse de hacienda que sin tardanza se aclimató hasta en las cumbres.

Y las estancias distribuídas acá y allá suman hoy millares de cabezas de ganado que abastecen nuestros mercados y los mercados chilenos.

Cuesta todo esto, sin embargo, el exterminio de una raza.

Al occidente de los cerros calchaquíes, un grupo de dispersos hizo alto y echó las bases de una nueva población, Amaicha, que aún conserva ejemplares de indígenas que mantienen latente el espíritu trabajador y fuerte del calchaquí de la historia.

Anita era uno de estos ejemplares.

La lucha individual por la vida, distinta de la lucha colectiva del toldo, le hizo comprender que la hora de la gran capitulación para ella y su raza había llegado y que era forzoso rendirse a los pies del vencedor, triunfante en las luchas del trabajo.

Una tarde, tarde bonancible, en que la limpidez del cielo descubría las fantásticas aristas de los cerros, y mientras la estancia era bullicio y movimiento de la peonada en la hierra, Anita se presentó al patrón con uno

de sus indiecitos en brazos y el otro conducido a remolque.

Señor — le dice — vengo para que Vd. se haga cargo de mí y de mis hijos a precio de mi trabajo.

La ocurrencia de la india que bien podia haber hecho sonreir a un escéptico, fué recibida con bondad e indulgencia por el patrón, viejo criollo, de costumbres sencillas, accesible siempre a las ternezas del corazón.

Anita fué aceptada. Y desde entonces, harán veintidos años a los menos, ella cuida el rebaño del patrón, ordeña las lecheras del rodeo casero, atiende al capataz y en todo tiempo es en la estancia seguro contralor.

Sus informes merecen siempre entera fé. Es que Anita no sabe mentir. Es que Anita no sabe ocultar ni las faltas de sus propios hijos. Por eso merece del patrón su confianza, de los niños estimación y de la patronita los mejores regalitos.

Muy temprano, y cuando ni los peones se han levantado aún, ya la veréis andar por las lomas, por los filos, repuntando las ovejas y echando las lecheras al corral.

La lluvia, el barro, el frío no la acobardan. En ella la ley del endurecimiento se ha operado completamente.

Con sus polleras livianas alzadas a la rodilla, descalza siempre, remangados los brazos invariablemente, anda todo el día, moviéndose de acá para allá con ese movimiento sutil de ardilla, sin que su preciosa salud sufra jamás la menor novedad.

A veces cuando ha terminado las faenas del día y se siente con espíritu suficiente para divertir al patrón y a los amigos de éste, se disfraza de «viejo» con indumentaria toldesca y por entre la arboleda y las enormes piedras que rodean la casa, hace su aparición, rebenque en mano, pronunciando palabras ininteligibles que los muchachos saben traducir en amenazas para ellos. Y es así que al solo anuncio del huésped singular, disparan, se esconden, mientras los perros ponen en peligro el pellejo del viejo.

No falta comedido sin embargo, que descubra el escondite de los fugitivos, y el «viejo» se dirije allí saltando, amenazando, con gritos guerreros, cual vengadora Walquiria.

Los chicos al ser descubiertos lloran y piden protección; los mas grandes, menos accesibles a las influencias del miedo, entablan con el «viejo» lucha singular, lucha de la que sale éste siempre vencedor, porque cuando se vé mal, se mueve a latigazo limpio.

Y nunca la vereis más alegre ni más contenta, que cuando en la estancia está el patrón, con sus hijos y amigos. Por eso la hierra constituye para ella, temporada de fiesta.

En cambio, el regreso del patrón a la ciudad la entristece, y su alma nostálgica, no puede disimular la pena.

Una mañana muy temprano, nos habíamos despedido de aquella buena gente de la estancia, y desfilábamos en número de diez por el filo del cerro vecino. Al llegar a la cima, y mientras mis compañeros daban gritos estruendosos, gritos de despedida, gritos de alegría, eché la mirada hacia atrás y la ví a Anita, muy triste, muy cavilosa, de pie sobre una gran piedra de la casa, contemplando muda un cuadro de alegría en marcha, que dejaba a su espalda un cuadro de tristeza inmóvil.

Mi imaginación entonces transportándose a las regiones ideales del arte, bocetó el siguiente cuadro para inmortalizar al calchaquí de la historia: sobre una roca dura y agreste, una mujer de corte primitivo, de pie, en actitud severamente grave, contemplando el Oriente por donde penetraron los primeros albores de la civilización en aquella región, con su cabellera enmarañada, suelta a los vientos, desafiando del tiempo las edades.

COSTUMBRES

EL CASORIO

El sacerdote ha terminado con la bendición la ceremonia.

Dos seres más en el mundo con patente para vivir juntos aún repudiándose.

La abigarrada concurrencia, trasunto del toldo, sale de la iglesia en tropel asnal, empujándose los unos a los otros, cual rebaño hambriento del corral, en dias de temporal.

Lucen las mujeres polleras sueltas de percal con pintarrajos carnavalescos; los hombres sombreros de alas amplias, que más que para cubrir el cuero cabelludo, parecen destinados a servir de alero en las tormentas; y ponchos de fabricación local, de pura lana, impermeables casi, teñidos de bermellón. No diremos empero que también lucen botas, porque la mayoría de estos paisanos que son modestos se conforman con el calzado que les prodigó la madre naturaleza. Lucen en cambio mucha plata en sus recados y mucho tigre en sus caronas.

Tener rica montura y un potro de airosos escarceos, es su preocupación. También

es cierto que es de este modo, como se hacen llamativos a las mozas.

Por eso un casamiento más que un acto social, parece un concurso hípico. Vedlos desenvolverse gallardamente. Hombres y mujeres en pintoresca promiscuidad, marchan con los novios a vanguardia en dirección al baile, entusiasmados y alegres como en dias de pascuas.

Los cohetes no dejan de atronar los aires y el licor de circular un solo instante. Llega punto en que el entusiasmo es delirio, delirio de exhibicionismo en estos jóvenes, pletóricos de vida e ímpetu salvaje. Se vuelven incontenibles. Hay que perdonarlos. La juventud en sus rusticidades tiene pujanzas de turbión.

Vedlos desprenderse del grupo en rápida carrera, en soberbios caballos estrelleros, adelantarse gran distancia, agitar en alto como pendón de guerra, pañuelos de vistosos colores, dar gritos originalísimos que traen a la mente recuerdos del vivac del toldo; dar luego sobre la marcha difícil media vuelta, y atropellar de nuevo, sobre el grupo, en actitud tremenda cual lanceros portadores de la muerte.

Mas, no hay que inquietarse por esto, que la habilidad del jinete consiste en terminar estas fantásticas corridas, haciendo sentar

sobre las patas traseras, los corceles briosos, a pocos pasos de la columna en marcha.

Y más que un pueril entretenimiento, es éste un atrayente concurso de destreza, de destreza nativa, pujante y salvaje.

Por eso no ceden el puesto de honor, sino cuando los caballos quedan en la acción exángües.

Viene después otro concurso, el de pechazos, no menos interesante que el anterior.

Pero tranquilizáos que no hablo de pechazos al bolsillo, que esta gente no contaminada aún con los refinamientos de la civilización, no ha aprendido a divertirse a costilla ajena.

Lo aprenderá después, no lo dudo.

Todo está en que vea como ciertos puebleros viven la gran vida, de arriba siempre, sableando al prójimo.

El padrino en su carácter de presidente de la comitiva, ordena hacer alto, mientras un chasque se adelanta a llevar a los padres de los novios, la buena nueva de la proximidad de éstos.

Y es en este instante, cuando el culto a Baco toma mayores proporciones. Todos beben: grandes, chicos, hombres, mujeres distri-

buídos acá y allá debajo de los sauces que hermosean el camino.

Hasta las viejas pierden en este instante su mesura y se alborotan hasta más no poder. Entran y salen ellas de los grupos, distribuyendo «obligos» a granel, alegrando la concurrencia con dicharachos de gusto criollo, generalmente picantes como ají silvestre.

Luego la comitiva se pone en marcha, bullanguera, cual bandada de loros sorprendida en el maizal, en descomunal jolgorio.

Los cohetes atruenan los aires y las carreras vertiginosas y fantásticas hacen temer de nuevo por la vida de los paisanos.

En este instante nadie teme a la muerte. Lo mismo dá embestir atrevido un peñasco rudo, que escalar un filo a escape.

Y no hay que pensar que solamente en estos casos, son arrojados los hijos de los cerros. Ellos están familiarizados con los peligros y lo mismo es enlazar un toro salvaje en una pradera pastosa donde salpica el barro, que en un desfiladero áspero desde donde se oye apenas como un fragor, el lejano bramar de los torrentes.

También es cierto que los caballos que montan tienen cualidades superiores a Pegaso que tenía alas.

Y es así como estos paisanos corren por los ásperos cerros como unos condenados sin miedo a la muerte.

Cuando anda de por medio el alcohol, con mayor razón; cuando la admiración por la mujer, más aún.

De pronto la orquesta que viene al encuentro de los novios, estalla ruidosamente.

Los retumbos del bombo espantan los caballos y las notas quejumbrosas del violín, despiertan en las almas de los paisanos, fantasías y nostalgias que se esfuman y se van...

Y nadie escapa a estas seducciones que tienen atracción de vértigo.

Hasta la madrina ha perdido su mesura y se divierte como el que más.

Y es de verla con qué resolución hace saltar los barrancos en competición a los pechazos con los mozos más listos. Su mayor contento es llegar primero a escape a la casa de los novios, vivar a éstos, sujetar de improviso el caballo fatigado sobre la tranquera, donde yace en montón la gente.

Oiga, doña, le dice un críollo, que a la orilla del camino arregla su montura, mientras pasa ella como un mandinga suelto—mire que el rosillo lleva la cincha floja y la puede «basuriar».

No importa, don, responde con viveza, de todos modos, del suelo «noi de pasar».

Y la comitiva tumultuosa y vocinglera invade de este modo la casa con tropelías de malón.

Todo está allí distribuído y listo para el festejo: beberaje, músicos, bailarinas.

En un segundo la caballada queda en descanso a la sombra de los sauces, mientras los paisanos inician seguidamente el fandango.

Los novios pasan a la sala a recibir la bendición de los padres y parientes caracterizados.

El envite de rosquetes y vino de Santa María, empieza a circular sin tardanza, en grandes bandejas que se encargan de servir los hermanos de los novios y parientes de éstos.

No aceptar un rosquete al menos y un vaso de vino, es un desaire. No valen disculpas. Y es la niña de la casa la que se adelanta a servir a los puebleros que se muestran rehacios. Ofrece implorando. Hay que aceptarle y decirle que está muy buena moza.

Es una cortesía de estilo.

En las habitaciones, debajo de los galpones, al aire libre, se improvisan bailongos y el paisanaje se divierte hasta más no poder.

Las mujeres de la casa, empero, preparan

afanosas el almuerzo, allá a la distancia, en grandes ollas; pues todos los concurrentes tendrán su parte en él. Primero los novios, padrinos y personas especialmente invitadas, después la concurrencia.

El baile no se interrumpirá por esto. Siempre habrá quienes se encarguen de mantener activo el fuego de los entusiasmos.

Al caer la tarde no hay para qué buscar gente en juicio. Hasta los dueños de casa han rendido lo bastante culto a Baco. El novio, enloquecido por el alcohol, da no poco que hacer a la novia.

Y es en este instante cuando el viejo sargento de la guardia policial entra en acción. Hace rejunta de cuchillos y rebenques hasta llenar las alforjas. ¡Y pobre del paisano que resista su arma! El viejo sargento es capaz de hacerle perder el baile, y lo que es más, hacerle propinar una cepiadita de mi flor.

Y los paisanos son en estos cerros respetuosos de las autoridades, hasta donde es posible serlo.

También es cierto que el que hace desórdenes, se expone a que el patrón lo espiante de la estancia. Y esto es mucho para un paisano. Por eso son relativamente respetuosos, dóciles y honrados.

No hay gauchos malos en las estancias de los cerros, porque los patrones que son allá, señores feudales, mandan con más autoridad y eficacia, que en su hora el autócrata de Rusia.

Y es así como en días de elecciones, por ejemplo, sin que falte uno solo, se presentan y votan por el «patrón», sin más recompensa que un vaso de vino y abundante carne con cuero.

La venalidad del voto es allí desconocida.

Vender el voto sería votar en contra del patrón, y votar en contra del patrón sería decretar su destierro de la estancia.

De aquí esa sumisión característica en los hombres de los cerros tucumanos, sumisión que los vuelve mansos, serviciales y honrados.

Y cuando uno de ellos se ha excedido con la policía en el baile, es el «niño» del «patrón», quien se encarga de hacerle perdonar la falta.

El niño se empeña y consigue del sargento la liberación de aquel hombre que es capaz de hacerse matar por él.

¡Ah! el niño del patrón!

Para él los mejores caballos, para él las mayores regalías. También es cierto que an-

dar bien con los niños, es andar bien con el patrón.

Por esos los niños en los bailes hacen lo que se les va en ganas, y está siempre bien cuanto ellos hacen.

El sargento tiene que proceder siempre de acuerdo con los niños. Si no, malo; su autoridad y el derecho de vivir en la estancia peligran..

Mas, el desbande empieza. El sol no alumbra ya los cerros, y el viejo sargento de la guardia policial, hace sin tardanza cumplir la orden de concluir de una vez el baile.

La música enmudece, el desbande empieza; los grupos se desparraman en distintas direcciones.

Los «copleros» que durante el día no han cesado de cantar un solo instante, son los últimos en retirarse.

Intérpretes de penas y angustias de su raza batiéndose en retirada con la civilización, su canto es una congoja interminable y larga, que como un sollozo, como un lamento, de noche salmodian los ecos, tiernamente, tristemente, como una caricia fugitiva de seres intangibles, que consuelan, que acarician y que lloran......



CONTRASTES

POR LA PATAGONIA

De Neuquén a Bariloche hay 515 kilómetros.

Los automóviles de servicio, hacen este recorrido en 32 horas.

Hay en el camino posadas discretas, donde se come y se duerme bien.

Ningún peligro ofrece el viaje.

Cien pesos cuesta la conducción del pasajero en automóvil.

Una empresa particular, destacada en el Neuquén, hace este servicio, con la cual hay que entenderse desde Buenos Aires.

La Gobernación tiene también un auto oficial que hace el servicio de correo y conduce a la vez pasajeros.

Un equipaje no mayor de 20 kilos tienen derecho los pasajeros a llevar consigo, sin pagar recargo.

Al anochecer se llega a Neuquén saliendo a la mañana de Bahía Blanca, en viaje directo de Buenos Aires.

Al amanecer se está listo para emprender el viaje a Bariloche.

Apenas si hay tiempo de formarse idea del pueblo de Neuquén que se reduce a tres manzanas en todas direcciones, con su edificación más compacta al centro. Lo flanquean cerros de poca elevación, sin mayor revestimiento, por la excesiva sequedad de la atmósfera.

Alamos, mimbres, acacias, que representan la insistente abnegación del hombre, triunfando de la naturaleza hostil, le forman atrayente marco de adorno.

Como pueblo nuevo, Neuquén tiene una edificación moderna, amplia sus calles, arboladas en su mayoría.

Carece de edificios notables. Las oficinas públicas funcionan, sin embargo, en buenas casas. Son las únicas que llaman la atención en el pueblo.

La estación del ferrocarril que está ubicada en el centro de la población es aparente.

Las calles son de arena suelta y durante el día, en verano, se vuelven intransitables por el calor, que es hasta de 40°.

Las tardes, las noches y las mañanas, son deliciosamente frescas en la misma estación.

El arbolado que adorna la población, se mantiene con vigor a fuerza de riego frecuente.

Del mismo modo se mantienen los alfalfares que adornan los campos.

La gente que allí mora, es sana, robusta y fuerte.

Débese ello, al aire de montaña que se respira y a la sequedad del suelo, enteramente permeable.

La naturaleza de por sí, favorece el desenvolvimiento de la vida.

De la estación Neuquén, parte a Zapala, un ramal del ferrocarril del sud, flancos de la cordillera.

Tiene él proyecciones de un ramal internacional a través de la montaña andina. Cumple actualmente fines estratégicos. Está prevista su conexión, mas tarde, con la linea de San Antonio a Bariloche.

Con este ramal férreo, a la derecha, y el rio Limay, a la izquierda, abren atrevidamente la marcha los automóviles de servicio, hacia los Andes magestuosos, con brisas enfrentadas y paisajes lejanos cuya grandiosidad se adivina.

La región que atravesamos, en cambio,

reseca y estéril, carece de atractivos y de bellezas. La arboleda es raquítica y pobre en variedades.

Priman los arbustos y los espinillos.

Las jarillas enjutas y los cactus espinosos, son los únicos ejemplares de esta flora pobre, que luce, sin embargo, modestas flores del tiempo, como una primicia.

De trecho en trecho, por el camino reseco y polvoroso, cruzan garbosas las perdices.

Insensiblemente se toma rumbo casi definitivo al Sud; se cruza en balsa el rio Limay, y en un esfuerzo decidido, se escala la meseta patagónica, en pleno territorio del rio Negro.

Durante todo un día se viaja sin un halago de parte de la naturaleza, soportando un viento torbellinesco, con temperatura de fragua.

La Patagonia Argentina se exhibe aquí en forma de mesetas altas, bastante planas, estériles, arenosalitrosas, sin más ropaje que el espinillo y pastos pobres, que las primeras heladas desbaratan; y cubetas amplias — fosas de antiguos mares — que quiebran de trecho en trecho, la plataforma inmensa.

Y así, subiendo mesetas pobres y bajando fosas estériles, se marcha todo el día, filosofando sobre lo cambiante de esta bola giratoria en cuya superficie vivimos, que nos permite viajar hoy por un camino reseco y polvoriento, donde antes se agitó la vida de una variada fauna marina, como lo atestiguan conchas en todo sentido distribuídas.

Compensa, sin embargo, de la monotonía de la región, la amable espiritualidad de los compañeros de viaje, charlando amenamente sobre cosas instructivas, de interés general.

Al día siguiente, el cambio es cada vez más sensiblemente radical.

La naturaleza reacciona en el sentido de su belleza y de su hermosura.

Las mesetas vestidas de harapos del día anterior, son cerros cada vez más llamativos y verdes. Las cubetas polvorientas son ahora cañadones pastosos, franjeados de juncos y de camalotes, que alimentan rebaños.

Y cada vez más, la bondad del paisaje aumenta. Los cerros mejoran su revestimiento pastoso con ejemplares sueltos de cipreses. Por los cañadones verdes, cintas de arbustos, denuncian arroyuelos.

Allá a lo lejos, cerros blancos mejoran el paisaje. Nubes azules les forman doseles.

Estamos en la región de Nahuelhuapí, con una maravilla más a la vista, impresionante, como toda maravilla.

BARILOCHE

La estancia de San Ramón, es una de las más valiosas, de las muchas que pueblan los lagos cordilleranos.

Está enfrentada al Lago Nahuelhuapí y pertenece a un príncipe de la familia real alemana, hasta hace poco imperante.

Ocupa una extensión de varias leguas cuadradas, con fondo a la meseta patagónica.

Cuenta con un plantel de cinco mil vacas finas.

Administrala un técnico de versación pecuaria.

Secúndanlo una docena de mocetones apuestos, de nacionalidad alemana, como el primero.

Mientras dos de nuestros compañeros de viaje colocan una plancha de mármol en el monumento de un deudo fallecido en la estancia, (a poca distancia de la casa), los demás nos distribuímos a voluntad a contemplar desde la explanada del morro en que se halla ubicada la misma, el grandioso panorama que ofrece el Lago Nahuelhuapí, franjeado de ci-

preses y de pinares, con la cordillera al fondo, desbordándose de nieves milenarias.

De la derecha, el río Limay, se desprende en tumbos, y por cauce encajonados, se aventura a incursionar por la Patagonia inmensa.

A la izquierda, y aún distante, la población de Bariloche, como un índice de civilización, se extiende hacia la cordillera andina, que marca nuestras fronteras con Chile.

Una ruta comercial se ha establecido a través de ella, que liga a Bariloche con Puesto Varas, sobre el Lago Llanquihüe, con ferrocarriles a Puerto Mont, sobre el mar, y al interior y litoral de Chile.

Debido al aislamiento de Bariloche, de los núcleos urbanos de nuestra República, su comercio es inevitablemente con Chile y a través de Chile.

La República Argentina está en el empeño patriótico de habilitar ferrocarriles que hagan desaparecer este estado de cosas.

Al efecto, desde el Puerto de San Antonio, en el Atlántico, se construye una línea férrea, a inaugurarse en breve, con su estación terminal en Bariloche, con proyecciones de una línea internacional en el futuro.

Desde Neuquén, donde llega el F. C. del

Sud, se piensa también, extender un ramal a Bariloche.

Actualmente se hacen estudios en el curso del rio Limay, para ver si es posible, por medio de balsas, el transporte de madera blanca, de Bariloche a Neuquén.

Por encargo del gobierno nacional, una comisión de técnicos norteamericanos, practicó estudios sobre la «Patagonia Norte», y en una obra editada por el Ministerio de Obras Públicas, bajo la responsabilidad del ingeniero jefe de la comisión, Bailey Willis, se registran las brillantes conclusiones a que arriban los técnicos, respecto al porvenir de la Patagonia.

A estar a los mismos, aquella región cordillerana de los lagos argentinos, será en el futuro de nuestra evolución, una Suiza más bella y más rica, que aquella tierra de cantones y de libertad.

Regístrase en esa misma obra, que el patriotismo nacional, debería poner en manos de todos los jóvenes del país, los proyectos de ferrocarriles del futuro, la ubicación, como resultado del mejor estudio, de las futuras ciudades australes y el cálculo de aprovechamiento de todas las caídas de agua, para generar fuerza hidráulica y alimentar la vida de las fá-

bricas de la región, que como semilleros surgirán al impulso de capitales bienhechores.

Complementa este estudio admirable de «El Norte de la Patagonia», la obra sapientísima de la Sociedad Científica Alemana, «La Patagonia», que es un estudio completo de la Patagonia Sud, y complementaria de la anterior.

También esta obra, como las del perito Moreno, debían ser oficialmente editadas y repartidas gratis a todos los jóvenes estudiosos que quisiesen instruirse en las cosas de nuestra Patagonia ignorada, rica y bella.

A la derecha de la estancia de San Ramón y separada por el río Limay, se extiende la estancia de don Jorge Newbery, padre del malogrado aviador de este apellido, que empieza a recibir un fuerte impulso, aumentando los planteles existentes de vacas y ovejas, con ejemplares de las mejores razas.

A la izquierda y con frente a la población de Bariloche, está la estancia de la Compañía Inglesa de los Ferrocarriles del Sud, rica en ganado vacuno, de las mejores razas.

Un lote de quinientos terneros que desfilan delante de nosotros, que vuelven de beber del Limay, justifica la bondad de la región para la cría del ganado fino, que se nutre de

los jugosos pastos naturales que tanto abundan.

En distintas zonas del Lago, se han habilitado lotes rurales para granjas, de quinientas y tantas hectáreas, en activa explotación hoy, por suizos en su mayoría, muchos de los cuales trabajaron con el perito Moreno, como peones o capataces en la demarcación de límites con Chile, en aquella región.

Los terrenos se prestan al cultivo de papas, a la cría de aves de corral y, sobre todo, al cultivo de frutales.

El gobierno nacional cuenta con una estación experimental de piscicultura, y ya son notables las variedades de peces que abundan en el Lago.

Los aserraderos elaboran la madera blanca de la región, utilizándola en construcciones navales, en muelles y casas, que son de madera todas, hasta sus techos.

El Banco de la Nación ha creado allí una sucursal reclamada por el comercio, que empieza a tomar impulso.

Hoteles confortables y baratos tiene Bariloche y, el clima delicioso de verano, atraerá fuertemente después, veraneantes y turistas de todo el país.

Los futuros ferrocarriles, se encargarán de hacer efectivas estas justas esperanzas.

De la estancia de San Ramón a Bariloche hay todavía unas horas de automóvil, bordeando el Lago, por un camino bien conservado y pintoresco.

Antes de seguir viaje a Chile, es conveniente detenerse lo bastante en Bariloche, para visitar convenientemente el Lago, y admirar las bellezas de la región, que allí no tienen rival.

NAHUELHUAPÍ

La población de Bariloche está situada en la márgen austral del Lago Nahuelhuapí, poderoso embalse a más de setecientos metros sobre el nivel del mar, con una profundidad media de mil metros, mediando entre sus brazos opuestos, no menos de cien kilómetros.

Para recorrer todos estos brazos que al morir forman hermosos puertos naturales, entregados hoy a la labor de la civilización, necesítase por lo menos tres días de navegación, con las paradas consiguientes en aquellos puertos que mayor interés ofrecen al turista.

Dos veces por mes sale de Bariloche un vaporcito mercante que recorre la mayoría de esos puertos, dejando carga y levantando a la vez.

Es la oportunidad para hacerse conducir a insignificante precio.

La lancha de la Gobernación suele también hacer esos recorridos conduciendo turistas que cargan con el gasto de combustible.

Las autoridades de Bariloche hacen un esfuerzo encomiable para fomentar el turismo.

Una excursión por el Lago Nahuelhuapí deja recuerdos imborrables.

No se debe visitar Bariloche sin excursionar por el Nahuelhuapí que es una maravilla.

Como sus aguas son generalmente tranquilas, se navega sin peligro y en las mejores condiciones por la agradable temperatura de la región que en estío es de 20° a 25°.

Los cerros que aprisionan este gran embalse, están siempre verdes. Los cipreses, los cóihues y ejemplares de pinos y arancarias, le forman un vistoso marco de adorno, extendido desde el pie de las aguas hasta alturas de más de mil metros.

Detrás de estos muros selvosos del embalse, exhíbense los cerros de mayor alzada, pelados en sus cimas, que soportan los heleros que alimentan sin cesar las aguas de Nahuelhuapí, siempre frias y siempre dulces.

El azul de las aguas, el oscuro de las selvas y el blanco de las nieves, forman un contraste que uno no se cansa de admirar.

La embarcación avanza tranquila y sosegada, mientras el espíritu se marea con las sorpresas del cuadro.

Se cierra entonces los ojos para soñar con cosas fantásticas e irreales.

Sueños son estos que confortan, ya que no todo ha de ser prosa en la vida.

A cualquier hora del dia o de la noche que se llegue a un puerto, y en seguida de sentirse el anuncio del vapor, acude la familia de la granja, gozosa y alegre, en busca de correspondencia y carga.

Cuando el capitán les avisa que también vienen turistas a visitar la región, se adelantan a ofrecerles atenciones y comodidades que no les falta.

Son suizos en su mayoría los granjeros del Lago Nahuelhuapi.

Muchos de ellos empleados y trabajadores en la demarcación de límites, que con sus ahorros compraron al gobierno un lote rural de seiscientas hectáreas, donde labran su riqueza hoy a base de unas cien o ciento cincuenta vacas, cien ovejas, suficientes aves de corral, algunos cerdos, y unos pocos caballos de servicio, sin que les falte nunca sus lanchas y botes para comunicarse entre vecinos, pobladores del Lago.

Toda la labor gravita sobre la familia. Muy pocos peones de servicio emplean.

A la madrugada ordeñan, luego hacen

el queso, la manteca y la crema. Mas tarde repuntan el ganado.

Cuanto necesitan para su alimentación lo tienen en la misma casa. Solo compran el vino, el azúcar y el té.

Cultivan trigo, cebada, avena, papas y verduras. Empiezan a tener frutas.

Proveen a Bariloche de queso, manteca, grasa y papas.

Todos los años cada uno de estos granjeros vende a Chile novillos invernados por valor de cuatro a cinco mil pesos.

Facilmente se comprende que en diez o quince años se vuelven ricos.

Y viven tranquilos y orgullosos en su holganza, bastándose a sí mismos, sin esperar nada del gobierno, cuya autoridad no les llega, y de la que jamás se quejan, sin mentarla.

Cuando uno les habla de iniciativas oficiales, tales como ferrocarriles y caminos, se ríen como si se les hablara en broma.

Y toman fuertemente apego a la tierra estos pobladores.

Sus hijos declaran orgullosos que son argentinos.

Es esto sin duda un consuelo y una esperanza nacional.

Una joven señora suiza, esposa de un granjero del Nahuelhuapí, se expresó de este modo, contestando a una pregunta mía: ¿Sentir nostalgia por volver a Suiza? ¿Y por qué? ¿Acaso aquí no tengo este lago tan hermoso, esta temperatura tan fresca, esta selva tan vigorosa y fuerte y estos cerros y estas nieves?...

HACIA CHILE

De Bariloche, República Argentina, a Puerto Varas, República de Chile, una compañía alemana ha establecido una ruta comercial y de turismo, a través de la Cordillera, sirviéndose de la navegación de los lagos de uno y otro lado, y de mulas y caballos en los recorrridos por tierra.

Un esmerado servicio de hoteles escalonados en el recorrido, comunicados por teléfono, llena a las mil maravillas la iniciativa de la emprendedora compañía, dueña de las mejores tierras de estas regiones australes, de maderas inagotables, de valiosas praderas de pastoreo y de fertilísimas zonas de cultivos.

El señor Ricardo Roth, hijo de alemán, nacido en la República Argentina, es el alma de esta compañía y el espíritu de labor e iniciativa.

Una vez por semana hay un servicio de combinación de uno y otro lado de la Cordillera Andina y los pasajeros se cruzan en los hoteles de tránsito donde no deben permane-

cer mucho tiempo, para evitar el hacinamiento, que es un inconveniente para todos.

Sin embargo hay paisajes tan encantadorcs y de clima tan delicioso, que tientan a permanecer muchos dias.

Y las caravanas compuestas de hombres y mujeres, se suceden las unas a las otras como empujadas por un fervor religioso a lugares santos, a semejanza de aquellas famosas de las Indias Orientales.

Aquí es la religión de la naturaleza lo que atrae, y el culto a lo bello, lo que estimula a peregrinar.

De Bariloche a Puerto Varas, cuesta el pasaje setenta y cinco pesos argentinos, comprendiendo navegación por los lagos y recorridos a caballo.

Los gastos de hotel van por cuenta del pasajero.

En las primeras horas de la mañana el vapor «Cóndor» sale de Bariloche, y en cinco horas traspone la distancia de cuarenta y cinco kilómetros que hay a Puerto Blest, donde se almuerza.

Esta travesía del lago Nahuelhuapí es maravillosa. A medida que uno se acerca a Puerto Blest, el brazo del lago se encajona y la naturaleza es soberbia. Se exhibe a la vista

una selva lujuriosa; distribuída hasta alturas considerables de las montañas, que terminan en fuertes tendidos de nieve que alimentan sin cesar el embalse, mediante cascadas y saltos de agua que se precipitan por entre la fronda ruidosamente.

El hotel de Puerto Blest está situado detrás del muelle en un terreno de desmonte, con el lago a la vista, la selva que lo rodea y el río Frías que mansamente y por entre la espesura corre por un costado, trayendo al Nahuelhuapí las aguas de la laguna Frías que también hay que cruzar para hacer la travesía de la cordillera en mula.

De Puerto Blest a Puerto Alegre, sobre la laguna ya nombrada, hay unos pocos kilómetros, que por entre una arboleda centenaria, los turistas hacen el recorrido a pie y muy alegremente en hora propicia. Los equipajes se trasportan en mulas cargueras, como en todos los demás recorridos por tierra.

En Puerto Alegre la lancha está lista y en unos cuarenta minutos se traspone la distancia que hay entre este puerto y el opuesto, que es el Puerto Frías.

La laguna Frías es una de las maravillas del camino. Los paredones del embalse caen a pique desde alturas enormes, aprisionando

las aguas en un cajón estrecho, franjeado por una arboleda vigorosa y galana.

Las voces humanas se quiebran aquí en mil ecos, que sátiros invisibles repiten.

A su frente el Tronador, de tres mil quinientos metros de altura más o menos, exhibe la blancura de sus nieves, que al desbordarse en los precipicios, produce ruídos semejantes a truenos lejanos.

No bien se ha llegado a Puerto Frías, las mulas en que hay que cruzar la Cordillera están prontas. Cada uno elije a voluntad la propia. Es cuestión de suerte dar con una buena.

Y los que tienen la desgracia de elegir una mala, prefieren dejarla en el camino para llegar mas pronto.

De Puerto Frías a Casa Pangue (territorio chileno) hay veinte kilómetros. El camino es bueno y la cordillera no se eleva en este paraje a más de dos mil metros.

La distancia se salva en unas cuantas horas, casi imperceptiblemente; tal es la magnificencia de la fronda y la belleza de los paisajes. Del lado argentino la cordillera es soberbiamente grave, como para pensar; del lado chileno es insinuamente y fugaz en sus aspectos bellos, como para soñar.

Casa Pangue es una estación de paso

en el camino de la cordillera, donde se almuerza, se descansa y se cambia las mulas por caballos para hacer el recorrido de diez y ocho kilómetros a Peulla, donde hay un hotel magnífico.

Desde Casa Pangue se exhibe de nuevo soberbio el Tronador, de cuyos deshielos se forma el río Peulla.

En Casa Pangue piensa la compañía establecer un hotel de tránsito. El paraje es a propósito para retener a los turistas.

El recorrido a caballo de Casa Pangue a Peulla se hace en muy buenas condiciones. Se cruza dos veces el río, y dejándolo a la derecha, se avanza por entre una alameda de árboles frondosos y variadísimos arbustos, teniendo a uno y otro lado cerros arbolados que cada vez más se separan dando lugar al precioso valle donde se halla ubicado el hotel, frente al Lago Esmeralda, donde el río Peulla echa sus aguas.

Visto el Lago Esmeralda desde el hotel Peulla, es un encanto y una delicia. Por encima de los cerros selvosos que lo rodean, los nevados hacen exhibición de sus glaciares en comunión eterna con las nubes. De todas direcciones, los torrentes y las cascadas, bajan presurosas a llevar su contribución al Lago,

que visiblemente retrocede, mientras se cumplen leyes fatales de infiltración, evaporación y disminución creciente de las neveras a que debe sin duda su formación.

Sabios alemanes afirman que tanto los lagos chilenos como los argentinos de las regiones australes, no provienen de neveras de épocas remotas como se ha sostenido siempre sino que ellos representan viejos fiords de mares que han retrocedido.

Más, sea de ello lo que quiera, lo cierto es, que estos lagos constituyen un regalo de la naturaleza para solaz del hombre.

El hotel Peulla es el mejor de los de este recorrido trascordillerano, por sus comodidades, su confort y su buena administración.

El infatigable señor Roth, ya nombrado, tiene aquí su asiento y se complace en allanar las dificultades de los turistas, empezando por el cambio de la moneda, que desde aquí en adelante ya no se recibe la argentina.

Desde Peulla a Petrohué, puerto opuesto del Lago Esmeralda, hay treinta y cinco kilómetros que el vapor «Tronador» recorre en cuatro horas y media.

Una densa niebla me impidió contemplar durante la travesía las maravillas de este lago

tan mentado que viejos volcanes apagados custodian.

Volveré algún día a vengarme de esta mala jugada de la naturaleza que no sabe lo que cuesta un viaje.

En Petrohué hay caballos para trasladarse a Puerto Ensenada, en el lago Llanquíhue, donde hay un hotel muy bueno.

El viaje dura tres horas al galope tendido de los caballos.

El espectáculo de este recorrido es sorprendente.

A la izquierda el río Petrohué, más que corriendo, saltando, como sierpe que escapa de un incendio, bordea el camino, faldeando cerros, en un lecho de planos desiguales, que rocas graníticas aprisionan para resolverlo en cascadas.

A la derecha, y en medio de un campo de desolación, de estragos y de ruinas, el volcán Osorno, que hasta hace ochenta años sembró la muerte en sus paroxismos, levanta a los cielos su cono de plata, perdiéndose en las nubes, como una grave ironía en la mutación de las cosas.

Al frente, el volcán Calbuco, apagado como el Osorno, exhibe como éste su blanca túnica de nieve, que es su símbolo de muerte.

Y con estos maravillosos espectáculos a la vista, y por entre una arboleda vistosa como para lucir en un parque japonés, distribuída en desorden en un campo de lavas y de ruinas, gana terreno uno, galopando siempre, pensando en la vida y en la muerte.

En la Ensenada, la compañía piensa ampliar el hotel existente y habilitarlo para lugar de veraneo. Es una excelente idea. La frescura del clima, el espectáculo del lago Llanquíhue que se abre a la vista como un mar, los cerros arbolados que rodean un gran parque natural y los volcanes que desde aquí tienen apariencias de cúpulas de inmensos templos, hacen del paraje uno de los más bellos del recorrido, por estas regiones encantadoras.

La navegación del lago Llanquíhue a puerto Varas, dura de tres a cuatro horas.

Al rededor de este lago están las granjas alemanas, exponentes de civilización y de riqueza.

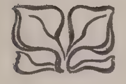
En los terrenos de desmonte, lucen los trigales maduros sus espigas de oro, los campos de papas, la frescura de su florescencia y las tierras de pastoreo, sus yerbas forrajeras y sus trebolares en flor.

Al anochecer se llega a Puerto Varas. En el muelle hay mucha gente que habla alemán

y niñas rubias que ríen con disímulo de la indumentaria del turista.

De puerto Varas se puede continuar el viaje en ferrocarril a Puerto Mont, Osorno, Valdivia, Concepción y Valparaiso, regresando a Buenos Aires por el trasandino, visitando de paso la hermosa ciudad de Mendoza y sus lugares de veraneo, Puente del Inca y Cacheuta.

Dura este viaje un mes, y no cuesta más de mil pesos, saliendo de Buenos Aires y regresando a esta misma ciudad, después de haber visitado estas regiones de incomparable belleza, que los hijos de uno y otro país no conocen.



DESDE VILLA NOUGUES

A 1200 METROS DEL NIVEL DEL MAR

AVES DE RAPIÑA

Los propietarios de estos cerros de Villa Nougués, han tomado una disposición plausible, prohibiendo en estos sus dominios, la caza en todo tiempo, que antes se hacía con carácter destructor.

A ello se debe que por todos estos morros que circundan la villa, las perdices, que tanto apetecen los zorros y que persigue sin piedad el cazador, empiecen a abundar hasta en la vecindad de las casas, donde a veces, haciendo de tripas corazón, se atreven a disputarles el pienso a las gallinas.

De subsistir y generalizarse para todos estos cerros la prohibición, pronto no más volverían las palomas y los loros ahuyentados por el cazador, a avecinarse a esta villa de inmenso porvenir, donde el veraneante y el curioso turista, podrán solazarse no solo con el aire fresco y puro de los cerros y con el boscaje vigoroso que lucen sus quebradas espléndidas, sino también con el rumor de las aves, al corear sus armonías.

De este modo el medroso zorzal de es-

tas quebradas, no será el único músico de las tardes serenas y de las mañanas tranquilas.

Los turistas al escribir sus impresiones, nos cuentan la agradable sorpresa que produce en Inglaterra, ver a los niños, conducidos por sus institutrices, en los bosques y alamedas, alimentar con sus propias manos a los pájaros que les divierten con sus vistosos plumajes y sus cantos primorosos.

En nuestra tierra desde pequeñitos salen a los sitios de recreos, provistos de hondas para ejercitar sus instintos salvajes persiguiendo pájaros.

No extrañará, pues, que los grandes ahuyenten después, con armas de fuego, las aves que complementan la obra de la naturaleza, destinada al solaz de su destructor.

A estar a lo dicho, cualquiera creería, que ahuyentados los loros, las palomas y las tórtolas, en materia de aves, no queda otra cosa que admirar en estos cerros de Villa Nougués, que el garbo de la perdiz y la garganta del zorzal.

Sin embargo no es así.

Aparte de las bandadas de chingolos que se distribuyen al sol a picotear la semilla de los enchampados, en los jardines y cercos de

las casas, están las gallardas aves del espacio, que a ciertas horas del día, lucen sus vuelos airosos. Estas son las llamadas aves de rapiña.

Desde lo alto de un morro, a mil tres cientos metros más o menos, del nivel del mar, contemplo en una tibia mañana de sol invernal, estos espectáculos que me seducen y me hacen meditar: allá a la distancia en la línea del horizonte, una banda de cuervos revolotea en rueda sobre los despojos del caballo del casero, muerto de viejo y de hambre o de la vaca de la estancia, que en busca de pienso, se aventuró a la ladera, donde perdió el pie, yendo a parar hecho bolsa a la quebrada. Los caranchos, que son los cobardes y los pordioseros de esta sociedad de aves del espacio, sentados en las ramas secas de los árboles vecinos al festín, esperan con un aguante de incapaces, que los perros y los cuervos, abandonen la presa en su hartazgo, para descender a la quebrada recién, a picotear huesos y escarbar despojos.

Arriba, en el espacio azul, las águilas, los gavilanes y los halcones, ejercitan vuelos de acrobacia, que la más perfeccionada de las máquinas aéreas, gobernada por el más arrojado de los pilotos, no igualará jamás.

En las casas vecinas de la Villa y en los ranchos de los capataces de la estancia, se oyen tiros de armas de fuego, que ejercitan sobre algún goloso halcón, que pretendió hacer su desayuno, con algún pollo recién nacido, cortado del enjambre, al escarbar la madre, la tierra fresca, revuelta por la azada del labriego, o sobre la simpática águila o el gallardo gavilán que atrapó entre sus garras al cordero enfermo, que se quedó dormido en el pajonal, mientras se alejó paciendo el rebaño.

Y el Código Rural autoriza en todo tiempo la caza de estas aves de rapiña, que higienizan los campos comiendo despojos. Y la autorización no solo se reduce a la matanza de estas aves que engalanan el espacio azul, sino que también les comprende a sus polluelos y a sus huevos, que deben ser destruídos; lo que equivale a autorizar el exterminio de estas aves, hijas de la soledad y de la luz.

A mí los hombres me resultan más destructores de la naturaleza que las langostas.

Y el Código Penal, bueno es decirlo, suele ser más benigno con ciertos bípedos implumes del humano linaje, que el Código Rural, con las aves de rapiña, pues mientras éste ordena el exterminio de estas aves, el Có-

digo Penal mira con indiferencia a tanto bicho viviente que arriba con lo ajeno, y donde la cosa pública, suele ser la vaca gorda, que perdió el pie en los desfiladeros de la vida nacional.

POR LAS LOMAS

La hora matinal incita a andar.

El lucero, trasnochador empedernido, de verbena con la luna, brilla aún en los campos del espacio, indiferente al rubor de las estratos, que cada vez más, se tiñen de carmín.

Por los caminos de la vecindad, los caseros soñolientos se dirijen a sus trajines habituales, musitando protestas libertarias, en tanto sus patrones duermen.

Más, yo que no soy ni patrón ni peón, me permito el lujo a veces, de dormir cuando tengo ganas o velar cuando me va en placer.

Y es lindo espectáculo, sin duda, el que ofrecen estos cerros al amanecer.

Desde ellos, la llanura, con las sombras que se van, es un brochazo de añil.

Comprendo la penetración de Sarmiento y la miopía de los que dicen no ver lo que viera aquél.

Y las bellezas sorprendentes, están más que todo, en estos cerros, que reclaman poetas y pintores para su divulgación.

Cada vuelta de camino, en estas lomas,

ofrece a la vista, un cuadro singular y bello.

El aire aromado de la mañana incita a andar, a andar sin rumbo.

Y suelta las riendas del caballo que monto, marcha él a porfía por estos parajes de su familiaridad, confortado por el olor del trébol fresco y la fragancia de la menta secular.

Inopinadamente nos encontramos en el puesto, donde el capataz, con su mujer y sus hijos, ordeñan, enfangados en el lodo de las lluvias y en la boñiga de las vacas.

Los mandaderos de las casas de la villa, a pie y a caballo con sus basijas llegan y a esperar turno se estacionan.

La alteración de éste determina, un coro de protestas fieras.

Inconmovible y silencioso, el capataz, calado hasta los huesos por la lluvia, sin escepticismos de su suerte ruda, con entera conciencia de la justicia que administra, despacha primero a aquellos, en cuyas casas hay ancianos y niños, sin importarle el juicio que su conducta merezca.

Ser juez en conciencia y conformar a todos, es cosa difícil. Y más, cuando hay quienes creen, que justo, es todo lo que les viene bien.

Y como para que las protestas no fue-

ran solo de mandaderos, los terneros famélicos, protestan también, cabeceando a las madres, mientras chupan el biberón sin contenido.

El relincho agudo del potro de una lleguada, desde la punta de la vecina loma, despierta de su letargo al congénere que monto, y como entendidos de un lenguaje que la psicología comparada no ha puesto en claro, empieza de inmediato a tascar el freno y manotear el suelo, pidiendo rienda para marchar en esa misma derechura.

Y complaciente como soy de quienes recibo bienes, ya se trate de animales u hombres, lo dejo en libertad para trepar a voluntad la loma, ya que él tiene la maestría de los organismos en su medio.

En contacto con la potrada, cambia con ellos saludos expresivos, sin previa presentación, lo que me hace suponer, que no hay convencionalismos entre ellos como entre los hombres, lo que debe ser un bien.

Y así cariñoso y bueno con todos, me conduce de un modo espontáneo, bajando cuestas y remontando lomas, hasta ponerme frente al Vivero público, iniciativa de un intelectual preclaro, desaparecido en plena florescencia de la vida.

Este sitio que en otra hora fué de provechosas experiencias, de estudio y hasta de recreo, es hoy un cuadro de impresionante abandono.

En el centro de los terrenos reservados a experiencias de frutales, de hortalizas, de plantas de adornos y de flores, solo se destaca triunfante de la maleza, un cuadro de coníferas, como para guardar el recuerdo de lo que fué.

Pero es mejor cambiar de escena, que no hemos salido a dárnosla de censores, ya que éstos, como la mala yerba, en la vida abundan.

Bonito valle es el de «Las Tablas», como una miniatura se exhibe desde aquí.

Rival en fama con el de Tafí, se disputó con éste, el honor de albergar gobernadores, políticos y gente de distinción.

Decaído hoy, apenas si gozan de sus bellezas y de su aire saludable, pobres labriegos avenidos a un destino ingrato.

La iglesia del lugar, que debió haber surgido como una necesidad, en horas prestigiosas de popularidad, yace abandonada de fieles y entregada a la profanación del ganado.

Y las casas de consideración, que abrigaron veraneantes distinguidos, permanecen

en todo tiempo cerradas, en franca decadencia.

Sus propietarios desaparecieron cumpliendo una ley de la vida, mientras sus hijos ganaron el poblado, sugestionados por la civilización.

Pero advierto que el sol se levanta agresivo como un bolsheviki; gano el camino inmediato y me suelto en carrera airada, como quién en hora loca, tuviera la arrogancia de salvarse del incendio que lo hará cenizas.

GALAS

Las que adornan a Villa Nougués son galas puramente naturales y se reducen, ellas, a las florestas de las quebradas, sobre cuyas lomas se distribuye la población, en el orden de selección que cada propietario tuvo, para elegir el sitio de ubicación de su casa, conforme a sus gustos y conveniencias de vecindad o de fácil acceso al camino nacional; lo que me parece un bien por tratarse de una villa en formación, donde el plano, con sus sitios escasos y caros—obra de especuladores—no cuadra a villas veraniegas, especialmente en regiones de cerros como ésta, donde la extensión, la baratura de la tierra y la espontánea elección del sitio, serán siempre estímulos para aumentar la población.

Las galas artificiales son escasas en esta villa, y ellas se limitan al arbolado de los sitios de las casas, con plantas de adorno o frutales y jardines no siempre bien cuidados.

Por lo demás, como decíamos, sus galas son obra espontánea de la naturaleza, la que careciendo de conciencia, carece también de

previsión, que solo el hombre tiene para atender sus necesidades.

Valparaíso, Talcahuano, Punta Arenas y la mayoría de las bonitas ciudades chilenas, no tuvieron en un principio el privilegio, como regiones de cerros, que tiene Villa Nougués, con sus quebradas verdegueantes y su llanura que se extiende como un gran brazo de mar, de mayores seducciones y encantos que el mar mismo, monótono en su soberbia magestad; pues aquellas ciudades tan llamativas hoy, por la naturaleza que las adorna, carecieron en un principio de galas espontáneas, que el hombre inteligente se apresuró a llenarlas, distribuyendo a voluntad el boscaje de pinos, de araucarias, de robles y de cipreses, que son su adorno hoy, sin que falten las variadas y vistosas enredaderas y las graciosas flores del aire, que se destacan del fondo del cuadro, como fantásticas pinceladas de arte, para tocar el corazón.

Villa Nougués ocupa en este sentido, una situación privilegiada. La naturaleza es en extremo pródiga. Desde el pie de las lomas en que se hallan ubicadas las casas, se extienden hacia la llanura y hacia los valles, sus extensas quebradas, exhuberantes, con mil ejemplares centenarios de la floresta subtropical, que

nada tiene que envidiar a los mejores de las selvas misioneras.

Sin embargo, es bueno conservar este regalo de la naturaleza, que por lo mismo que nada costó al hombre, suele él destruír con inconciencia alarmante.

Y algo de esto está pasando en Villa Nougués, que es lo que nos mueve a escribir estas líneas.

Los leñateros por un lado, los madereros por otro, empiezan a destruír sin piedad la selva, aun dentro del radio de la misma población.

Lo he comprobado con mis propios ojos, recorriendo el boscaje y sus quebradas.

Y apena de verdad, ver tanta destrucción, cuando a poca distancia de la villa y fuera de su radio, se extienden cuchillas interminables cubiertas de madera fuerte, donde el maderero y el leñador, tienen para siglos de explotación.

Y de esta destrucción no escapan ni las altivas y gallardas tacuaras, tendidas en almácigo en el fondo de las quebradas, que son el marco de adorno del torrente y de la cascada de estío, que llenan de misterioso rumor la fronda.

Se impone, pues, la imprescindible necesidad de no proseguir en estas destrucciones

destinando una reserva intocable de esta floresta, en bien de la villa, de la que no deberá extraerse ni las ramas secas de los árboles, para evitar todo pretexto de destrucción, y porque en las selvas vírgenes, es muy insinuante al espíritu, también, contemplar, al lado mismo de la vida triunfante, los estragos de la muerte, que representan en la mutación de las cosas, las evoluciones de la naturaleza.

Y de no tomarse una determinación defensiva de estas galas de Villa Nougués, las hachas del viejo Simón, infatigable buscador de cedros y de nogales, en coro con las del leñador, continuarán siempre, dejando oír sus ecos fatídicos en las quebradas, que parecen quejidos de la selva atormentada.

VIALIDAD

Los difíciles medios de vialidad, es lo que retarda el normal desarrollo de Villa Nougués, e imposibilita a la vez. que ella sea frecuentemente visitada y aún conocida, por cuantos lo ansían desde lejos, al verla desde la llanura y desde el tren en marcha, con apariencias, sus casas, de sueltas palomas blancas, dispersas a porfía, sobre las lomas.

El camino que costó a la Nación, cuarenta mil pesos, obra sencilla, pero no despreciable de ingeniería, es el único en materia de vialidad regular, que permite el acceso a esta importante villa veraniega, cuya conservación y mejoramiento, está a cargo de los señores Nougués Hnos., que tienen el mejor deseo del adelanto de la villa, y que si no hubiera sido por su acción, ya el camino habría desaparecido entre barrancos y malezas, como muchos otros, que cuestan tanto dinero al Estado, y que se pierden por falta de conservación, por que esta es una modalidad nativa.

La comisión de Higiene y Fomento, que

padece de anquilosis, no llega a estas alturas pues el vecindario no da para remiendos, concretándose a servir intereses de colonos afortunados, cuyos caminos se esmera en cuidar, porque sus carros dejan renta a la comisión; lo que es un criterio mercantilista, que servirá para ayudar a hacer plata, pero no para impulsar el desarrollo de esta población.

También algunos amigos personales míos, me lo han dicho, medio en serio y medio en broma, a lo Vital Aza, que Villa Nougués, como villa de ricos, no debía esperar ayuda oficial ninguna, con lo que, por cierto, nada se hace, para que además, sea Villa de pobres, desde que para esto no se necesita otra cosa que una fácil y barata vialidad, ya que aquí, a la tierra, más que venderla, la regalan sus propietarios, con el objeto de que se edifique, cosa que no ocurre en otras villas veraniegas, donde se especula con el sitio menguado y caro, como el baratillero con sus trastos viejos.

El camino viejo, que acortaba en la mitad casi el camino público, y que servía para andar a pie y a caballo, por entre el boscaje y la maraña, y que tanto prefería por espíritu democráiico el fundador de la Villa, permanece cerrado por pequeños desbordes e inva-

sión de la maleza, como si se hubiera cerrado el corazón a los sentimientos.

Después hay caminos vecinales, que son sendas que conducen a San Javier, Los Chamicos y las Tablas, que muy bien sirven a falta de otros mejores.

Don Luis Nougués, cuya muerte afectó tanto el progreso de esta villa, se dió clara cuenta que la vialidad, era el todo para Villa Nougués, y que habilitarle comunicaciones fáciles, baratas y recreativas, era la forma de impulsar su progreso.

Y a este fin, estuvo a punto de sacar triunfante un funicular, en conexión con un tranvía rural, que partiendo éste de Tafí Viejo, debía terminar su recorrido en la quebrada de Lules, con lo que entendía, que era la forma de descongestionar la ciudad en días domingos y feriados, y estimular, a la vez, el progreso de tres poblaciones veraniegas: Tafí Viejo, Yerba Buena y Villa Nougués, sin que ello fuera óbice para que, en este recorrido, pudieran surgir nuevos núcleos de población, al pie de la montaña y en la montaña misma.

Y como coronamiento de este pensamiento feliz que ha de realizarse alguna vez, tenía el de un ferrocarril de montaña, — para

fomentar el turismo y el espíritu de recreo en las gentes, — que arrancando de las lomas de la Quebrada de Lules, rematara en los cerros de San Javier, frente a Tafí Viejo, sin costo ninguno para la empresa; porque la obra, que él, como ingeniero la vió factible; debía costearse con el producto de lotes de tierra que sus propietarios regalarían, a uno y otro lado de la vía, para ser vendidos al público que quisiera edificar allí, o dedicar los terrenos a pequeños cultivos remuneradores, o a la cría de aves que resulta un negocio para la gente trabajadora, que prefiere la vida sana de campo, a la de ciudad, enfermiza y malsana.

La realización de esta obra, quiso que la llevara a cabo el ex-gobernador Padilla, y entiendo que para que fuera inaugurada en el centenario de la libertad argentina, cosa que al romántico ex-gobernante, le pareció obra fantástica y por demás lírica.

Y el fundador de esta villa, que fué padre de los modestos vecinos, que aquí permanentemente viven, un tanto intranquilos hoy, por razones que ignoro, está en bronce en la plaza pública, sobre un fuerte pedestal de granito, de pie, en posición ligeramente flexionada, con una cinta métrica a medio desenvol-

ver, en una mano, e indicando con la otra, el asiento de la Villa por él fundada; alta la frente, con la mirada hacia los cerros de San Javier, como si contemplara un tren en marcha por encima de las lomas, transportando gozosa carga humana, a la vez que el planear de las aves que pueblan la región, cediendo terreno a la civilización y al progreso.

PINCELADAS [1]

I

Desde el atardecer nieva sin cesar.

Como finísimos copos de espuma, la nieve cae, acumulándose cada vez más en gruesas masas.

En unas cuantas horas, los cerros distantes, las quebradas vecinas, los morros inmediatos, las casas, los caminos, todo ha quedado cubierto por un manto de extrema blancura, que ahogará en germen la vida y le hará pagar tributo de muerte.

II

A media noche, el cielo se despeja espléndido.

Lucen las estrellas sus brillanteces pálidas y la luna vaga como ocultando penas.

Como cisne fantástico sorprendido por la muerte, diséñase a lo lejos la montaña en-

(1) Espectáculo de la gran nevada de 1919, contemplado desde Villa Nougués, a 1200 metros del nivel del mar.

hiesta; como grandes alas blancas, cayendo en desaliño, las cuestas remotas.

En la llanura inmediata, las luces del poblado parpadean como angustiadas por el llanto.

III

Al amanecer, el sol despeja ampliamente el horizonte.

Todo cuanto la vista abarca, tiene aspecto de tundra siberiana.

La llanura ahora, es una inmensa pincelada blanca; las montañas, mónstruos polares, de gibas enormes.

En las laderas y en las quebradas, la floresta añosa, cargada de nieve en estrépito se desgaja.

Sobre el camino público, que es una cinta blanca, los tallos flexibles de la arboleda joven, tumban sus copas y desgranan perlas.

En los huecos de las rocas, ateridos por el frío, los músicos de la selva, en su orfandad, tiritan.

En las lomas del vecino caserío, los caballos de servicio, en actitud estática, con la cabeza gacha, filosofan.

De los techos de las casas, la nieve, en contacto con el sol, por los aleros gotea, co-

mo lágrimas de moribundo, ante la realidad que deja y el misterio que lo inunda.

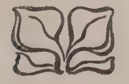
IV

El declinar del día es bello. De los picachos más altos, como palomas dispersas, blancas nubes se levantan.

En la calmada soledad, de los espacios sin fin, estimulados por el sol, los halcones vivaquean.

Como estremecimiento de vida en el corazón de la selva, los raudales se desatan y en confuso rumor, atropellándose ruedan.

En la llanura poblada, que es un tablero de ajedrez, las chimeneas resoplan y las locomotoras vuelan.





ESPARCIMIENTOS

HACIA EL VALLE DE HUMAHUACA

Pensar en el peligro es agrandarlo. Agrandar el peligro es cobardía.

Cuando se tiene un propósito, hay que marchar derecho a él, sin vacilaciones y sin miedo.

Retroceder en estos casos, es cobardía que amengua.

La Madrid es grande por su coraje y nada más.

Y cuando falte esta virtud que viriliza las almas, es bueno al menos, tener siquiera la voluntad de Turena, que a estar a sus comentaristas, se presentaba a lo más recio del combate, temblando de miedo.

Y como en la vida no hay empresas sin peligros, es bueno blindar como los griegos, el sistema nervioso, en esforzadas prácticas de coraje, necesarias a la acción.

* * *

Cuando nos acercamos a la boletería de la estación del Ferrocarril Central Norte en

Tucumán, en un cartel sugestivo nos fué dado leer: «boletos condicionales»; «sin responsabilidad para la empresa.»

El empleado nos enteró del suceso: un aluvión de la montaña había arrasado siete kilómetros de vía; trabajaban quinientos hombres, y no era seguro trasbordar inmediatamente; sin embargo, los trenes correrían. Se nos aconsejó no viajar.

Y viajamos.

En Metán fuimos notificados de tener que pernoctar allí.

En una máquina con un vagón cargado de herramientas, se preparaba a marchar hacia el lugar de los sucesos, el ingeniero de vías y obras de la empresa.

En mi calidad de corresponsal informativo de la prensa, le solicité permiso para viajar con él.

Me lo consintió, no sin antes poner reparos a posibles contratiempos y aún desgracias.

Pero ante nuestra declaración de sernos igual, liquidarnos en un desastre ferroviario que en un vuelco de automóvil, marchamos.

Al llegar al río de «Las Piedras», el maquinista detuvo la marcha, y con la linterna, enseñó al ingeniero el peligro.

Las aguas castigaban fuertemente el flanco de la vía, visiblemente socavada.

Y comprendiendo que aún quedaba resistencia, sin vacilar ardenó partir, aventurándose a un riesgo.

En un acto de arrojo fiero, el maquinista se aventuró al peligro, sin miedo a las consecuencias, en las sombras de la noche.

En la estación de «Las Piedras», los coches y vagones allí estacionados, se hallaban hasta los ejes enfangados.

Fué preciso abrir a pala la vía para proseguir.

Kilómetros más allá, el ingeniero resolvió suspender la marcha y pasar entre los cerros la noche. Los capataces lo informaron que, realmente, los desperfectos se anotaban en siete kilómetros de vía, desde Las Piedras a Palomitas, que más de quinientos hombres habían trabajado todo el día, que un crecido número seguía trabajando aún, que los desperfectos eran en los terraplenes, en las alcantarillas, en las bóvedas; que se trabajaba fuertemente para trasbordar a la mañana del día siguiente.

Rigurosamente exactas resultaron las informaciones.

En seiscientos mil pesos, calcularon los ingenieros, los desperfectos apuntados.

A las 8 de la mañana empezó en zorra, el trasbordo. Este recorrido lo hicimos a pié con el ingeniero. Así pude ver mejor los estragos de la naturaleza en las obras del hombre, empeñado siempre en dominarla y en desbaratar este intento aquélla.

Y así, los puentes, las alcantarillas y las bóvedas no pueden soportar más resistencia que la calculada previamente.

Si la naturaleza sobrepasa estos límites, no hay obra de arte que valga.



En Jujuy empezó para nosotros una verdadera odisea sentimental. Los amigos, los conocidos, los comedidos, nos incitaban a desistir de seguir viaje al Norte, ante los peligros que eran inmensos: la puna, las lluvias que podían cortar la vía, el Volcán que a lo mejor soltaba toneladas de barro, guijarros y bloques graníticos de gran magnitud, sobre el terraplén, cubriéndolo totalmente en grandes extensiones, lo que significaba cortarle a uno la retirada traidoramente.

Y luego la vía, vía de montaña, con sus

cerros deleznables, sus abismos misteriosos y sus ascensiones atrevidas.

Tales obstáculos, incitáronnos aún más a viajar.

En nuestra modesta vida, habíamos aprendido a no dejarnos impresionar por los pusilánimes.

Momentos más y el tren se ponía en movimiento, en un día radioso de sol, empezando seguidamente a flanquear los cerros, con ese movimiento de sierpe que escapa a la persecucíón.

La ascensión es cada vez más notable.

Hasta León el recorrido se hace con las máquinas comunes, después funcionan las cremalleras hasta la estación Volcán, (quince kilómetros).

En las grandes curvas, el tren rodante, sin máquina a vanguardia, es empujado por las cremalleras, tenaz y formidablemente. Tiene entonces la apariencia de un mónstruo decapitado, que antes de morir, se arrastra penosamente.

Desde la estación Volcán empiezan de nuevo a funcionar las máquinas comunes y el panorama sensiblemente cambia. Los cerros empiezan a perder las esplendideces de su rica vegetación y devienen cada vez más, áspe-

ros, pelados, como si un voraz incendio hubiese cargado con sus ricas vestiduras, dejándolos esqueléticos.

Pero la naturaleza en sus caprichosas mutaciones, ofrece cuadros singularmente bellos. Y así las galas azulinas de los cerros, se han convertido aquí en vetas policromas, caprichosamente superpuestas, con apariencias de mosaicos en exhibición.

En cambio, el valle es un Edén. Su celebrada nombradía no es efímera. Los frutales abundan y ofrecen una variada y rica producción, los trigales lucen sus espigas doradas y los alfalfares en flor, su lozanía y su frescor.

A lo largo del valle, una serie de pueblos veraniegos se levantan pujantes, congregando a las gentes que acuden en busca de salud, de descanso y de gratas emociones.

Y Maimará, Tilcara, Huacalera, Urquía, Humahuaca, son poblaciones con apariencias de encantadores oasis.

Desde Negra Muerta el tren toma rumbo al N.O., cortando cerros, flanqueando rocas, bordeando precipicios; dificilmente, peligrosamente. Parece entonces un corcel fantástico, galopando siempre al costado de los peligros. Y así se marcha hasta Tres Cruces,

punto culminante de la ascensión, (3.725 metros sobre el nivel del mar) donde la respiración se torna difícil y se sienten síntomas de puna.

Los morros más altos pierden su magestad ante la atrevida ascensión del riel. Y los picachos lejanos coronados de nieve, quedan nivelados al mónstruo de la civilización, que no necesita alas para trepar las cumbres.

El corazón palpita fuertemente y se siente uno entonces, rey de la creación.

Insensiblemente, se toma rumbo definitivo al Norte, y libertándose del laberinto de cerros, se penetra a una obra inmensa, flanqueada por dos alas de montañas, que tienen apariencias de brazos nervudos, de gigante vencido, que en actitud hierática implorara protección a los dioses.

Y con este panorama a la vista, se recorre 70 kilómetros hasta la Quiaca, punto terminal del F.C.C.N.

Las barrancas bien altas de un curso de agua de escasa consideración, marcan allí el lindero de dos naciones hermanas, cuyas banderas enfrentadas, mecidas por los vientos, parece tributarse saludos de recíproca amistad.

HACIA LAS CAÍDAS DEL IGUAZÚ

El profesor don Alejandro M. Jiménez, de Santa Fé, y el doctor Isaac Francioni, deben esperarme en Concepción del Uruguay, para viajar juntos desde allí, a las caídas del Iguazú.

Yo debo viajar desde Buenos Aires, por agua, a reunirme con ellos.

Muchas veces he cruzado en vapor el Plata, en viaje de recreo y de turismo, a la República Oriental del Uruguay, pero nunca como ahora, la mar demasiado gruesa, hace zozobrar tanto la embarcación, al extremo de hallarse en breve tiempo, la mayoría de los pasajeros, soportando los efectos desagradables del mal de mar.

Yo me armo de una fuerte voluntad, y me mantengo de pie a proa, contemplando el agradable espectáculo de las onduladas costas del país vecino, con sus bonitas ciudades ribereñas, tales como la Colonia y el Carme-

lo, enfrentadas casi a la ciudad de Buenos Aires, y que tantos recuerdos históricos, de origen común, las ligan a esta gran capital nuestra.

Ya en la costa oriental, la embarcación entra en la parte profunda del Rio, y las insistentes marejadas, que sin piedad castigaban sus flancos, la dejan en paz, y en una calma que conforta, toma rumbo a Martin García, desde donde se contempla claramente, los cursos de los rios Paraná y Uruguay, que concurren a formar el Plata.

Desde Martín García, la costa argentina, muy distante, es apenas una línea de sombra, mientras la costa Oriental, queda a la vista, como para desbaratarla a cañonazos, en situación de guerra. De ahí la inquietud de los vecinos, con esta posesión argentina, que la pretenden.

Más allá, el Paraná fraccionado en brazos, forma un mundo de islas, entregadas a la labor fecunda del hombre.

Con la tarde que concluye, en medio de celajes policromos, abandonamos la confluencia de los dos grandes rios, y dejando a la izquierda al Paraná, meciéndose en un mar de camalotes, nos enfrentamos directamente

al curso del río Uruguay, mientras la noche tiende su manto de sombras y las riberas son pinceladas grises.

Al amanecer, hemos atracado al muelle del puerto de Concepción del Uruguay, y allí están en mi espera, los dos buenos amigos ya nombrados.

En el acto disponemos nuestra instalación en un modesto hotel de la ciudad, y sin pérdida de tiempo, salimos a practicar un rápido reconocimiento de la misma y sus alrededores.

Concepción del Uruguay es una ciudad antigua, lo que no quita que sea bonita y agradablemente conservada.

Fué fundada en 1778, lo que le da una existencia de siglo y medio casi.

Fué capital de la Provincia de Entre Rios, hasta 1883.

Su puerto es amplio y concurrido, e importantes líneas férreas, la unen a la Capital y otros centros. Es ciudad de 40.000 almas.

Concepción del Uruguay impresiona bien al visitante. Es ciudad limpia, de discreta edificación, con sus calles terraplenadas en tierra ocre, que circundan autosbús, con muy boni-

tas plazas, lindos jardines, muchas flores, vistosas enredaderas, gente culta y mujeres airosas.

Visitamos el histórico colegio del Uruguay, la Fraternidad, la escuela normal de profesores y su iglesia matriz, concurrida de fieles.

Me quedé con el pesar de no haber visitado San José, residencia que fué del vencedor de Caseros, imperdonablemente asesinado allí, hace más de cincuenta años.

Por uniforme parecer, resolvimos cruzar el rio Uruguay, visitar Paisandú, y en tren desde allí, trasladarnos a la ciudad del Salto Oriental; y en Concordia, que queda río de por medio, tomar el internacional, que debe conducirnos a Posadas, donde pensamos tomar un vapor de la carrera del Alto Paraná a Puerto Aguirre, sobre el Iguazú, para visitar las mentadas caídas, objeto principal de nuestra excursión.

Paisandú y el Salto, debieron haber sido ciudades en otro tiempo muy activas, decaídas un tanto hoy, debido a la normalización de las dos repúblicas vecinas, que han concentrado su mayor actividad, en aquellos centros de la producción y del intercambio.

Son sin embargo, ciudades llamativas

por la naturaleza que las rodea y la cultura de sus habitantes.

De Concordia a Santo Tomé, el internacional al Paraguay, bordea insistentemente el río Uruguay, descubriendo en su recorrido, una serie de ciudades uruguayas y brasileñas, enfrentadas a otras tantas del lado argentino, con las cuales mantienen comercio de ideas y de productos regionales.

Las tierras de la mesopotamia son fértiles, pobladas de haciendas y muy cultivadas. Entre Ríos descuella por sus trigos, Corrientes por sus naranjales.

Desde Santo Tomé, el internacional toma rumbo a Posadas, capital del territorio nacional de Misiones.

Allí tiene su asiento la empresa de navegación, que hace los servicios del Alto Paraná, con no menos de tres salidas semanales.

El Alto Paraná, es hoy una colmena de trabajadores. Hay no menos de ciento veinte puestos obrajeros, y no menos de quince mil hombres, ocupados en la explotación de bosques, de yerba mate, del cultivo del banano, del algodón, del tabaco, de la mandioca.

Las embarcaciones de la compañía citada, ponen en movimiento esa gran masa de hombres, esos ricos productos regionales y

atienden las necesidades, del comercio en todo el curso del Alto Paraná, hasta el salto de la Guiara.

La navegación del gran río, no ofrece peligro alguno. Es mas bien un recorrido agradable. Las riberas del Paraná son en extremo selvosas. Una poderosa maraña tupe con rigor la selva. Las malezas crecen lujuriosamente.

Las lianas trepan por las ramas a los árboles y proyectan sobre sus copas, vistosos jardines flotantes.

Abundan insectos molestos y reptiles venenosos.

La temperatura estival es suavizada por las brisas del caudaloso río y por las lloviznas de cada instante.

En un día y medio de navegación, se llega a Puerto Aguirre. De aquí en carruaje se puede visitar las caídas, por una picada abierta por entre la selva y la maraña.

Desde largas distancias se percibe el fragor de la gran maravilla.

Ansiosamente se avanza hacia ella, con el espíritu prevenido para la sorpresa.

De improviso se sale de la selva, como de un túnel inmenso. Se está frente a las cataratas. Son las últimas horas de la tarde y

no queda más tiempo, que, desde el plano de desmonte donde está ubicado el hotel, contemplar extasiado, los tumbos de las caídas, en un gran plano de hundimiento en forma de herradura, donde las aguas del Iguazú, precipitadas en grandes mazas, se descuelgan ruidosamente.

Ante el fragor de las caídas, el trueno más retumbante, quedaría definitivamente anulado.

De noche se despierta uno soñando con cosas estupendas y con la tierra que jadea.

En vano las aves canoras ejercitarían sus músicas armoniosas, al amanecer, para alegrar la vida. En una gran extensión de la selva virgen, el rumor de las caídas, avasalla todos los rumores.

Al amanecer, la caravana de turistas se prepara a realizar la excursión por las caídas, por entre islotes y brazos del río, con el agua hasta el pecho a veces.

Cada uno cuenta con un indio de la región por guía. Las señoras suelen ser conducidas trabajosamente en canoas.

A medida que uno se acerca a los grandes saltos, una llovizna menuda se desgrana humedeciendo las ropas.

La «Garganta del diablo», es el salto de

mayor consideracíón. Queda en los flancos de los cerros del Brasil. Desde 60 metros, se precipita al vacío. En el fondo de la garganta fermentan las aguas, y se alzan en columnas grandiosas, que producen a distancia, lluvia de pulverizador. Las rocas jadean.

De todo el gran plano de las caídas, las aguas se encauzan y al encajonarse todas, forman de nuevo el curso del río Iguazú, que flanqueando los cerros brasileños y las selvas misioneras, llega pujante al Paraná, donde recibe rumor de civilización.

Con las caídas como base, cuyo aprovechamiento se piensa efectuar, el gobierno argentino, ha destinado una gran reserva de estas tierras vírgenes, para un parque nacional, que será en el futuro, sitio de atracción de los turistas, que buscan satisfacciones espirituales, en las maravillas de la naturaleza.

POR SENDAS HISTÓRICAS

Debido a su gran tonelaje el vapor «Orcoma» de la Mala Real Inglesa, que hace la carrera del Pacífico a Liverpool, con escalas en algunos puertos del Atlántico, no ha podido atracar en los muelles del puerto de Valparaiso y ha sido preciso transportarse hasta él en canoas.

Yo he tomado boleto a Montevideo, y la idea del viaje me encanta, por tener que conocer la senda histórica que buscara Magallanes para justificar las teorías de Colón, y por las múltiples emociones que en quince días de navegación, por los dos mares más grandes de la tierra, espero recibir.

Viajo como de costumbre, sólo.

Encuentro comodidad en viajar así. De este modo no se sacrifica ningún gusto ni se doblega por complacencia la voluntad.

Durante el día el «Orcoma» ha hecho escalas en Talcahuano, para proveerse de víveres y en Coronel para levantar carbón.

Después se hace a alta mar, y no vemos tierra durante cuatro días consecutivos, en

que las grandes aguas se imponen en toda su majestad.

Yo tengo por el mar y la montaña, marcada predilección.

El mar me incita a pensar y la montaña a sentir.

De tener que elegir uno de estos dos ambientes de la vida cerebral, me quedaría con la montaña.

Es que la montaña tiene sus aves gallardas y el mar sus tiburones.

Es mi compañero de camarote un señor chileno que viaja a Punta Arenas por asuntos comerciales, a quien nada le llama la atención por haber hecho muchas veces el viaje.

Mata sus ocios coleccionando estampillas.

Cuando me tiendo cerca de él, abrumado por el mal de mar, muy filosóficamente y sin dejar sus colecciones me habla así: «el mareo es el bautismo del mar. En el Atlántico no lo sentirá quizá, y en su vida, posiblemente, nunca más».

Y soportando como Poe en sus delirios insanos la tortura de los vértigos, se me representaba aquella escena, de fosca media noche, en que el poeta interroga al cuervo,

su funesto mensajero, sobre los destinos de Leonora, la virgen sin par, así llamada por los querubes, a lo que éste mecánimente responde: «Nunca más».

Y durante más de cuarenta y ocho horas, el «Orcoma» es juguete de las olas y los pasajeros víctimas de vértigos.

En este tiempo los pasajeros de primera no están más en cubierta y los que descienden al comedor son muy raros.

Mientras tanto, el médico de a bordo multiplica sus afanes en la atención de enfermos.

Y van cuatro días de navegación en alta mar. Hacia donde uno pose la vista, la inmensidad de las aguas se impone siempre.

Y las islas Chiloé, y el archipiélago de los Chonos, y las islas Madre de Dios, son apenas puntos perdidos en el piélago sin fin.

A la mañana del sexto día de navegación, tenemos a la izquierda el archipiélago de la Reina Adelaida y a la derecha, y aun distante, la isla de la Desolación.

Por entre estos dos grupos insulares se abre el estrecho de Magallanes, que es la ruta de los trasatlánticos que hacen la carrera del Pacífico a Europa.

Sobre un peñón solitario, batido sin ce-

sar por las olas, se levanta el faro de los Evangelistas que marca la ruta del estrecho a los navegantes.

La marinería al pasar tributa saludos amables al guardián del faro, extraño personaje avenido a morar en el seno de una roca solitaria, fría como una tumba, donde han nacido sus hijos y donde él morirá tal vez.

Triste papel en la vida el de los hombres resignados, que faltos de voluntad, se resuelven a vivir y morir como corderos.

Pero el «Orcoma» está de fiesta.

Ha hecho su entrada triunfal al estrecho y no hay quien no celebre con justo regocijo este acontecimiento. Hasta los que en alta mar se creyeron difuntos, salen a cubierta y tienen para esta maravilla, palabras de admiración.

Un capitán de la marina chilena que viaja a Liverpool, a hacerse cargo de unidades de guerra de la escuadra de su país, hace su aparición después de tres días de reclusión en su camarote, doblegado por el mal de mar. Me confiesa haber pagado la culpa de su ocio en tierra; que el mar lo había desconocido y que se sentía de buen humor por haber perdido bilis.

Dos jóvenes italianos que han hecho su

fortuna en Iquique, hablan pestes del Perú y endiosan a Génova donde han nacido.

Un jesuita muy culto, pero jesuita al fin, pondera la organización de la Compañía, que tiene sus tentáculos en todas las naciones y su alma en ninguna.

Un periodista chileno me hace notar enfáticamente, que la prensa más culta de Sud América es la de su país.

Un francés parlanchín y consentido, pinta como lo mejor de la tierra los quesos de Francia, en tanto un inglés que lo escucha, hace arcadas como si aún le durara el vértigo del mar.

En fin hay un desborde comunicativo como justa compensación a horas de mutismo y retraimiento.

El estrecho de Magallanes es sorprendente.

Todo intento de describirlo es intento vano y hasta irreverencia. Hay que empezar diciendo que el estrecho es un laberinto lleno de sorpresas. Si no fuera por la maestría de los capitanes, se necesitarían ariadnas para no extraviar la ruta.

Me explico la pericia de Fernando de Magallanes.

Los paredones que encajonan el estre-

cho, son de pizarra unos, de granito otros, revestidos sus flancos de musgos, de gramíneas y de arbustos, o simplemente descarnados, rígidos, con sus tendidos de nieve brillando al sol.

Hay partes en que las florestas de coníferas incursionan hasta los rebordes mismos de los paredones del estrecho, franjeándolo galanamente.

Además, difícil será hallar un lugar de la tierra donde pueda verse más claro las vicisitudes experimentadas por nuestro planeta, en sus contracciones.

Todo el archipiélago que flanquea el estrecho, es fuera de duda, restos del continente sumergido, sobre cuya fosa reposa el Océano Pacífico. Y el estrecho mismo no es otra cosa que línea de fractura de ese continente.

Y las catorce horas de recorrido entre el faro de los Evangelistas y la península de Brunswick, donde se halla ubicada la ciudad de Punta Arenas, es un recorrido delicioso. Fatiga sin embargo el espíritu, la contemplación de maravillas tantas.

Por eso experimentamos alivio al solo anuncio de tener que hacer escala en Punta Arenas, hasta el siguiente día, en que pudi-

mos haber bajado a tierra, cosa que nos lo impidió una fuerte marejada.

Desde a bordo contemplamos aquella brillante ciudad chilena, llave del Sud de este país, con sus casas de madera de la región, distribuidas en manzanas al pie de un montículo y sobre el montículo mismo, engalanado de pinares.

Mientras el «Orcoma» leva sus anclas después de medio día, el marino chileno con quien departo amablemente, me hace estas declaraciones: El año 98 la escuadra de su país de cuya oficialidad formaba él parte, encontrábase allí en Punta Arenas, esperando un telegrama de su gobierno para zarpar al Atlántico e ir a bombardear la ciudad de Buenos Aires; que para ello contaban con una carta estratégica, levantada por un oficial de la misma marina, que había conseguido por un ardid, ser admitido en la escuadra argentina en calidad de grumete, lo que le permitió levantar esa carta, que en esta situación de guerra, llenaría su objeto.

Pero comprendiendo el mal efecto que me había producido tal declaración, se apresuró a desvanecerla así: «El ardid en la guerra es permitido y es hasta de buen tono. Los griegos con un caballo de madera por carna-

da, hicieron tragar el anzuelo a los troyanos».

Y de Puntas Arenas al cabo de las Vírgenes hay ocho horas de navegación, tiempo que puede ser menor para una escuadra que tenga el intento de incursionar en las costas del Atlántico.

La base naval argentina está en Bahia Blanca, a quince grados geográficos del cabo de las Vírgenes.

Realmente, el año 98 debimos haber ido a las manos con Chile, si hubiese faltado cordura a los hombres dirigentes de uno y otro país.

El general Roca que asumió la segunda presidencia para hacer de Marte en la guerra, se convirtió en pregonero de la paz, sellando en aguas del estrecho con Errázuriz, el acuerdo de entregar el litigio al fallo arbitral.

De este modo ahorraron ambos pueblos, vidas preciosas de sus hijos, el duelo de las madres y el odio de siglos.

A las 8 de la noche y después de una brillante puesta de sol, el vapor «Orcoma» abandonando las aguas del estrecho, penetra resueltamente al Atlántico, encabritándose ante las olas como caballo de pelea.

Y como virara con rumbo definitivo al Este, que no era el rumbo de Montevideo,

me acerco al viejo marino que personalmente gobierna la nave y le pregunto: ¿Adónde capitán?.

A puerto Stánley, me responde secamente el inglés.

¡Ah! ¡A puerto Stánley! ¡A las Malvinas!... ¡A las Malvinas argentinas! ¡A las Malvinas nuestras! ¡Feliz mortal!

Y en toda esta noche, el día siguiente y la noche inmediata íntegra, tuvimos mar gruesa, en estas lejanías australes, donde se abrazan los mares y se fracciona la corriente de Humbolt.

Después de este tiempo y al rayar el día, entramos a Puerto Stánley.

Desde cubierta dominamos el conjunto de las islas que parecen un puñado de esmeraldas por lo verdes, con sus montículos pétreos erguidos en punta, orladas por vendas de nieve.

En las laderas pastoras juguetean los corderos a los besos del sol.

Por las lomas enchapadas se distribuyen en desorden las vacadas.

De inmediato recibimos autorización para bajar a visitar la isla.

Como el «Orcoma» ha anclado en el antepuerto, es necesario trasportarse en lan-

chas al puerto donde están los muelles; a su frente la capital de la isla, con sus casas disbribuídas sobre un plano ondulado, dividido en manzanas.

El palacio del gobernador general, la capitanía y la capilla protestante — que es un rasca-cielo — son los edificios más destacados.

Llama justamente la atención el museo de numismática, que a estar a los informes sumistrados, es el más completo del mundo. Lo manifiestan con orgullo los ingleses.

Por dos peniques se obtiene permiso para visitar sus secciones.

Las casas de la isla son todas de madera, con techos en violentos declive, con amplias galerías cubiertas con mamparas de cristal, que hacen de invernáculo a plantas de adornos y de jardín, repletas de vistosas flores, que ofrecen al visitante. A cielo descubierto solo las hortalizas prosperan. No es posible el cultivo de cereales por falta de temperatura.

Está la isla 52°. de latitud austral, bajo la influencia directa de los vientos alisios.

Son en su mayoría escoceses los pobladores de la isla, cuyo número no excede de dos mil.

Gobernador de los pingüinos, llaman por ironía los ingleses, al Gobernador Militar de las Malvinas, donde falta gente para ejercer autoridad y sobran pingüinos en las playas, torpes e indiferentes al mar que castiga los riscos y al tiempo que consume la vida.

Se calcula en seiscientos mil el número de ganado lanar; en doscientos mil el vacuno.

Exporta la isla al Reino Unido, lana en bruto y carne congelada.

Las Malvinas constituyen una llave de seguridad en los dos mares.

Aquí se proveen los buques de víveres frescos y de carbón. La escuadra inglesa tiene destacadas varias unidades de guerra que cuidan los intereses del reino sobre los dos mares.

La pesca es abundante. Una Compañía comercial explota las riquezas de la isla.

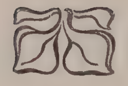
Una reflexión al partir: Estas lindas islas, históricamente nuestras, deben ser restituidas a la integridad nacional.

Los pueblos en su evolución son como los vólidos, describen su trayectoria luminosa y luego se apagan dejando apenas la fulguración de sus destellos.

Tal aconteció a los fenicios, a los griegos y a los romanos.

Tal acontecerá al Reino Unido.

La República Argentina, en cambio, organismo joven, con poderosas energías virtuales a desarrollar, aumentará por siglos su población, multiplicará su riqueza ennobleciendo a la vez su fuerza que ha de ser un prestigio cuando la razón no baste.



ÍNDICE

	Página
Por las Cumbres	9
El Cóndor	11
Las Chinchillas	15
El Guanaco	19
Mar de Nubes	21
Pastoriles	25
La Corrida	27
El Rodeo	31
La Hierra	35
En retirada	39
Anita	41
Costumbres	47
El Casorio	49
Contrastes	59
Por la Patagonia	61
Bariloche	67
Nahuelhuapí	73
Hacia Chile	79
Desde Villa Nougués	89
Aves de rapiña	91
Por las lomas	97
Galas	103
Vialidad	107
Pinceladas	113
Esparcimientos	117
Hacia el Valle de Humahuaca	119
Hacia las caídas del Iguazú	127
Por sendas históricas	135